Número 229
Agosto 2022

Un ideal: unir el Cielo y la tierra

«Volved a mi Corazón, que es todo vuestro»

¡Con qué afecto debemos abrazar y sufrir todas las aflicciones que nos sobrevienen, por amor a nuestro Salvador, ya que Él las soportó primero por amor a nosotros! ¿No nos han de parecer muy dulces, puesto que han pasado por su dulcísimo y amabilísimo Corazón? Mas ¡cuánto horror debemos tenerle a nuestros pecados, que le han hecho tantas heridas y causado tanto dolor al divino Corazón de nuestro Redentor!

Leemos en la vida de San Francisco de Borja, de la Compañía de Jesús, que hablándole un día, ante un crucifijo, a un gran pecador a quien le exhortaba a la conversión, y permaneciendo este hombre empedernido en su error, el crucifijo o, mejor dicho, el Crucificado, en un exceso de bondad admirable, le habló, exhortándole a que hiciera lo que su siervo le decía; y al mismo tiempo le brotó sangre de todas sus llagas, con lo cual, nuestro bondadosísimo Salvador, le daba a entender que estaba dispuesto a derramar su sangre otra vez y a morir por su salvación si fuera necesario. Pero, a pesar de esta indecible bondad, el miserable persistía en su endurecimiento, y entonces salió un chorro de sangre de la llaga del costado que, al caer sobre él, lo dejó tendido muerto allí mismo. ¿Qué fue de su alma? Te dejo a ti que lo pienses. ¡Oh, Dios mío, qué espantoso espectáculo!

Reproducción

Retrato de San Juan Eudes a los 72 años, por Jean Leblond

Aprendamos de aquí que no depende de nuestro Redentor que no seamos salvados. Pero hay corazones tan duros que aun cuando bajara del Cielo para predicarles Él mismo y aun cuando lo vieran cubierto de llagas y todo bañado en su sangre, no se convertirían. ¡Oh Dios mío, no permitáis que seamos de ese número!, antes bien concedednos la gracia de abrir nuestros oídos a la voz de todas las sagradas llagas de vuestro cuerpo y de vuestro Corazón, que son otras tantas bocas por las que clamáis sin cesar: «Volved, pecadores, volved a vuestro corazón», es decir, a mi Corazón, que es todo vuestro, pues todo él os lo he dado. Volved a este benignísimo Corazón de vuestro Padre, que rebosa de amor y de misericordia por vosotros, que os acogerá en sus entrañas y que os colmará de toda suerte de bienes.

↖SAN JUAN EUDES. Du Divin Cœur de Jésus. In: «Œuvres Complètes». Vannes: Lafolye Frères, 1908, t. VIII, pp. 260-262.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XX, nº 229, Agosto 2022

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración y Suscripciones:
Fundación Virgen de Fátima
Kubitschek, 750 c/ Celsa Speratti
Bº Bernardino Caballero
Asunción - Paraguay

Tel.: (021) 210 262
Cel.: 0982 745 778
administracion@virgendefatima.org
www.virgendefatima.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

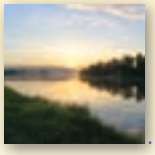
SUMARIO

Escriben los lectores 4

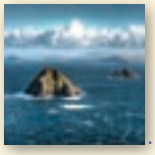
Un cielo nuevo y una tierra nueva (Editorial) 5

La voz de los Papas – ¡El Padre os ama! 6

Comentario al Evangelio – ¿Cómo será la gloria del Cielo? 8

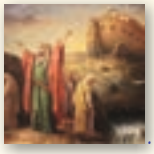


El milagro del Vístula 16

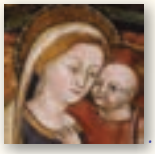


Cuando San Miguel descendió sobre Irlanda 18

Bajo el fuego enemigo… ¡y la protección de María! 21



Garantía del cumplimiento de las promesas 24

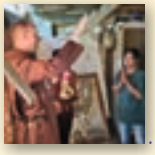


Una gracia que marca la vida 28

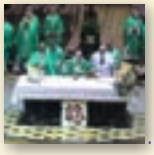
San Pedro Julián Eymard – Precursor del reino eucarístico 32

Ley del aborto: ¿ley o «aborto» de la ley? 36

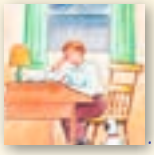
Delicadezas maternas de Dña. Lucilia 38



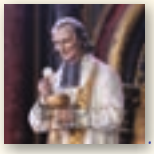
Heraldos en el mundo 40



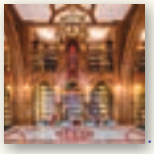
Sucedió en la Iglesia y en el mundo 44



Historia para niños... – ¿Cuál es tu valor? 46



Los santos de cada día 48



Noblemente sacral 50

Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: **revistacatolica.org**

Escriben los lectores

Explicación de verdades fundamentales de la Iglesia Católica

Quisiera manifestar mi gratitud por recibir la revista *Heraldos del Evangelio* todos los meses. Es un gran apoyo espiritual para toda la familia. Es difícil hoy en día encontrar material católico de tan buena calidad, no solamente por sus fotos e ilustraciones, sino también por sus artículos, entrevistas y explicación de verdades fundamentales de la Iglesia Católica.

También es muy satisfactorio ver, en la sección *Heraldos en el mundo*, cómo vuestro apostolado crece cada día y conquista más corazones para Nuestra Señora y la Santa Iglesia.

Se lo agradezco a todos los escritores, en particular a Mons. João S. Clá Dias por sus comentarios del Evangelio, que son una verdadera maravilla: muy profundos y minuciosos, pero explicados con una facilidad tal que todo el mundo lo entiende.

Continúen con esta gran obra, tan necesaria para los tiempos en que vivimos. A cambio, suplico de modo especial a la Santísima Virgen que ayude a los Heraldos a seguir evangelizando con su ejemplo, dedicación y carisma.

Leonardo Monserrat
Canelones – Uruguay

Fuentes fidedignas y argumentos sólidos

Felicito al autor del artículo *Celibato sacerdotal – El valor de un alma casta*, por su importancia en el esclarecimiento de dudas sobre el tema. Es muy interesante mostrar el celibato como parte de la virtud de la continencia. Este término hasta ahora me era desconocido como virtud. Excelente artículo, basado en fuentes fidedignas y argumentos sólidos.

Bartolomeu Ailton Arruda
Vía revista.arautos.org

Un mensaje contundente

Hermosa labor la de escribir las *Historias para niños... ¿o adultos llenos de fe?* Así mismo, los dibujos que ilustran algunos momentos del cuento son muy bellos. En la historia *Perseguido por una mirada*, el mensaje es contundente: María está siempre velando por nosotros, pues somos sus hijos. Al entregarnos a Ella estaremos seguros, protegidos con su amor, y Ella transformará nuestro corazón y nuestra vida.

Karen A. C.
Vía revistacatolica.org

Placentera lectura, de cabo a cabo

Les quiero decir que, con toda verdad, su revista *Heraldos del Evangelio* es, sin lugar a duda, ¡la mejor publicación católica existente en lengua portuguesa! Los artículos sobre doctrina, *La voz de los Papas*, la vida de los santos, las noticias milagrosas, etc. Me fijé que tienen un gusto especial por los vitrales. No estoy suscrito a la revista, pero mi hijo sí; y cuando viene a visitarme me la trae: la leo con gusto inmenso de cabo a cabo.

Antonio Nuno de Sampaio
Oporto – Portugal

«La cadena indestructible de María»

Ante los acontecimientos actuales, jamás había sido tan importante que los hijos de Nuestra Señora permanezcamos unidos como nunca. En esa unión es donde encontraremos las fuerzas para seguir adelante, para luchar y, bajo la protección de Nuestra Señora, vencer y juntos proclamar: «Por fin, su Inmaculado Corazón triunfó».

Teresita de Jesús Escauriza Troche
Vía revista.arautos.org

Testigo ocular de la evolución del movimiento «hippie»

Redacto estas líneas como lector de la revista impresionado por lo que escribió Mons. João Scognamiglio Clá Dias en su *Comentario al Evangelio* titulado *Espíritu de amor y de paz*.

Me quedé sorprendido leyendo ese artículo porque soy testigo presencial de la evolución del movimiento *hippie*.

De 1960 a 1962 viví en el centro de San Francisco (Estados Unidos). Yo era muy joven y procedía de Chile; en esa época era como mudarse de una provincia pequeña a la gran ciudad. Fue un choque violento con la nueva moda *hippie* y todos sus excesos. No obstante, me impresionó favorablemente ver cómo ese grupo, mayoritariamente anglosajón y en minoría asiático, se mostraba radiante en su apariencia física.

Volví a San Francisco en 2018 con mi esposa y mi hijo para que vieran, en vivo y en directo, todas las maravillas y excentricidades que, durante años, les había ido contado de mi estancia allí. Al entrar en la ciudad en taxi, procedentes del aeropuerto, empezamos a ver las veredas atestadas de *sintechos* borrachos y drogados, todo sucio y rayado, todo muy feo. Observando con más atención, me percaté de que la gran mayoría de ellos era de origen anglosajón, auténticos zombis. Daban ganas de llorar al ver la decadencia a la que les había llevado sesenta años practicando el lema «paz y amor».

Eduardo Sahr
Santiago – Chile

Un cielo nuevo y una tierra nueva

La sinfonía de la Creación comienza con un solemne introito: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gén 1, 1). Según el relato bíblico, cada parte de esta divina melodía era buena; aunque únicamente su conjunto era considerado óptimo, o sea, el cielo y la tierra tan sólo alcanzaron la perfección cuando se unieron.

En el paraíso, Adán y Eva gozaban de armonía con el Creador. No obstante, por el pecado original, el hombre se volvió hacia la tierra, obligado a trabajarla con el sudor de su frente, y a ella regresaría como polvo. La historia del Antiguo Testamento recorre, en ritmos diferentes, el constante estribillo del hombre que busca su consonancia original, luchando contra las cacofonías cotidianas.

Ya en los hijos de la primigenia pareja se vislumbra tal dualidad: Caín ofreció frutos podridos de la tierra, mientras que Abel presentó las primicias de su rebaño, a manera de incienso elevado hasta el trono del Altísimo. Luego el mundo se sumergió tanto en el pecado que Dios decidió purificarlo mediante el Diluvio. Noé, por su fidelidad, se convirtió en el varón-divisa de la promesa, simbolizada por el arcoíris, el vínculo que unía el cielo y la tierra. La Torre de Babel, a su vez, fue el frustrado intento de la humanidad de alzarse por fuerzas meramente materiales.

En Abrahán, el Señor restauró su alianza una vez más. A su nieto Jacob le fue concedido contemplar la angélica escalera que ascendía hasta Dios. En Moisés, el Todopoderoso reforzó su pacto con el pueblo elegido. De Elías se señala que de tal modo vivía las realidades de lo alto, que mereció ser arrebatado de esta tierra…

La Encarnación del Verbo rompió definitivamente las fronteras entre el Cielo y la tierra. En efecto, como comenta San Atanasio y otros Padres de la Iglesia, Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera dios.

Los demonios, sin embargo, no cejaban en arrojar a los mortales al abismo infraterrestre, es decir, al infierno. Por eso, en la vida pública de Jesús trataban de impedir —por medio de enfermedades, posesiones, vejaciones— el encuentro de los hombres con el Señor. Hasta hoy día, la táctica diabólica no es muy diferente…

Pero la misión de Jesús no concluyó con la Redención. Su consumación tendrá lugar en la plenitud de los tiempos, cuando todas las cosas que están en el Cielo y en la tierra sean reunidas en Él (cf. Ef 1, 10). Y para ello, el Señor nos legó tres extraordinarios auxilios: María, la Eucaristía y la Santa Iglesia.

La Santísima Virgen es la mediadora por excelencia, el Arca de la Nueva Alianza, cuyos esplendores han sido manifestados en la Asunción y en distintas revelaciones privadas. El «Pan del Cielo» es propiamente *comunión*, que baja desde lo alto para que toda la Creación sea presentada al Padre (cf. CCE 1359). Finalmente, a la Iglesia le han sido confiadas las llaves que lo atan y lo desatan todo en la tierra y en el Cielo (cf. Mt 18, 18).

Desde esa perspectiva, el 15 de agosto celebramos el natalicio de Mons. João Scognamiglio Clá Dias, fundador de los Heraldos del Evangelio, quien eligió como pilares de su espiritualidad los tres auxilios mencionados. En esa fecha, la institución no puede más que augurar que se cumpla su misión en plenitud cuanto antes, a través de un renovado abrazo entre el Cielo y la tierra (cf. Ap 21, 1), es decir, la restauración de la completa *armonía* en la sinfonía de la Creación, que manifieste toda su belleza y consonancia con el Creador. ✧

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, fundador de los Heraldos del Evangelio

Foto: Teresita Morazzani

¡El Padre os ama!

La conciencia de esta predilección que Dios os tiene no puede menos de impulsar a los creyentes a emprender, en la adhesión a Cristo, redentor del hombre, un camino de auténtica conversión.

Aunque no sea siempre consciente y clara, en el corazón del hombre existe una profunda nostalgia de Dios, que San Ignacio de Antioquía expresó elocuentemente con estas palabras: «Un agua viva murmura en mí y me dice interiormente: "¡Ve al Padre!"».[1] «Déjame ver, por favor, tu gloria» (Éx 33, 18), pide Moisés al Señor en el monte. «A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, lo ha revelado» (Jn 1, 18).

Por tanto, ¿basta conocer al Hijo para conocer al Padre? Felipe no se deja convencer fácilmente, y pide: «Señor, muéstranos al Padre». Su insistencia obtiene una respuesta que supera nuestras expectativas: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14, 8-9). Después de la Encarnación, hay un rostro de hombre en el que es posible ver a Dios: «Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí», dice Jesús no sólo a Felipe, sino también a todos los que creerán (cf. Jn 14, 11). Desde entonces, el que acoge al Hijo de Dios acoge a aquel que lo envió (cf. Jn 13, 20). […]

Jesús nos reveló el amor del Padre

El Evangelio de San Juan, al transmitirnos el testimonio directo de la vida del Hijo de Dios, nos indica el camino que hay que seguir para conocer al Padre. La invocación «Padre» es el secreto, el aliento, la vida de Jesús. […]

«El Padre os ama» (cf. Jn 16, 27), desde siempre y para siempre: ésta es la novedad inaudita, «el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respecto del hombre».[2] Aunque el Hijo nos hubiera dicho únicamente estas palabras, nos habría bastado. «¡Qué gran amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios! Y lo somos» (1 Jn 3, 1). […]

¡«El Padre os ama»! La conciencia de esta predilección que Dios os tiene no puede menos de impulsar a los creyentes «a emprender, en la adhesión a Cristo, redentor del hombre, un camino de auténtica conversión. (…) Es éste el contexto adecuado para el redescubrimiento y la intensa celebración del sacramento de la Penitencia en su significado más profundo».[3]

El origen de toda conversión auténtica

«El pecado es un abuso de la libertad que Dios da a las personas creadas para que puedan amarlo y amarse mutuamente»;[4] es no querer vivir la vida de Dios recibida en el bautismo y no dejarse amar por el verdadero Amor, pues el hombre tiene el terrible poder de impedir la voluntad de Dios de dar todos los bienes. El pecado, cuyo origen se encuentra en la voluntad libre de la persona (cf. Mc 7, 20), es una transgresión del amor verdadero; hiere la naturaleza del hombre y destruye la solidaridad humana, manifestándose en actitudes, palabras y acciones impregnadas de egoísmo.[5]

En lo más íntimo del hombre es donde la libertad se abre y se cierra al amor. Este es el drama constante del hombre, que a menudo elige la esclavitud, sometiéndose a miedos, caprichos y costumbres equivocados, creándose ídolos que lo dominan e ideologías que envilecen su humanidad.

Leemos en el Evangelio de San Juan: «Todo el que comete pecado es un esclavo del pecado» (8, 34). Jesús dice a todos: «Convertíos y creed en la Buena Nueva» (Mc 1, 15). En el origen de toda conversión auténtica está la mirada de Dios al pecador. Es una mirada que se traduce en búsqueda plena de amor, en pasión hasta la cruz, en voluntad de perdón que, manifestando al culpable la estima y el amor de que sigue siendo objeto, le revela por contraste el desorden en que está sumergido, invitándolo a cambiar de vida. Este es el caso de Leví (cf. Mc 2, 13-17), de Zaqueo (cf. Lc 19, 1-10), de la adúltera (cf. Jn 8, 1-11), del ladrón (cf. Lc 23, 39-43) y de la samaritana (cf. Jn 4, 1-30): «El hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible; su vida carece de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente».[6]

Francisco Lecaros

La Última Cena - Catedral de Santa María la Coronada, Gibraltar

Invitación a ponerse en presencia de Cristo

Una vez que ha descubierto y experimentado al Dios de la misericordia y del perdón, el ser humano ya no puede vivir de otro modo que no sea el de una continua conversión a Él.[7] «Vete, y en adelante no peques más» (Jn 8, 11): el perdón se da gratuitamente, pero el hombre está invitado a corresponder con un serio compromiso de vida renovada. […]

Más que contra una ley o una norma moral, el pecado es contra Dios (cf. Sal 50, 6), contra vuestros hermanos y contra vosotros mismos. Poneos en presencia de Cristo, Hijo único del Padre y modelo de todos los hermanos. Él es el único que nos revela cómo debe ser nuestra relación con el Padre, con nuestro prójimo y con la sociedad, para estar en paz con nosotros mismos. […]

Después de la Encarnación, hay un rostro de hombre en el que es posible ver a Dios: «Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí», dice Jesús

María: camino seguro para el Padre misericordioso

María resume en su persona todo el misterio de la Iglesia; es la «Hija predilecta del Padre»,[8] que acogió libremente y respondió con disponibilidad al don de Dios. Siendo «Hija» del Padre, mereció convertirse en la Madre de su Hijo: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). Es Madre de Dios, porque es perfectamente hija del Padre. En su corazón no hay otro deseo que el de sostener el compromiso de los cristianos de vivir como hijos de Dios. Como Madre tiernísima, los guía incesantemente hacia Jesús, para que, siguiéndolo, aprendan a cultivar su relación con el Padre celestial. Como en las bodas de Caná, los invita a hacer todo lo que el Hijo les diga (cf. Jn 2, 5), sabiendo que éste es el camino para llegar a la casa del «Padre misericordioso» (cf. 2 Co 1, 3). […]

A María le encomiendo vuestro camino y le pido que prepare vuestro corazón para acoger la gracia del Padre, a fin de que os convirtáis en testigos de su amor. ✧

Fragmentos de:
SAN JUAN PABLO II. *Mensaje con motivo de la XIV Jornada Mundial de la Juventud*, 6/1/1999.

[1] SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA. *Ad Romanos*, 7.

[2] SAN JUAN PABLO II. *Christifideles laici*, n.º 34.

[3] SAN JUAN PABLO II. *Tertio millennio adveniente*, n.º 50.

[4] CCE 387.

[5] Cf. CCE 1849-1850.

[6] SAN JUAN PABLO II. *Redemptor hominis*, n.º 10.

[7] Cf. SAN JUAN PABLO II. *Dives in misericordia*, n.º 13.

[8] SAN JUAN PABLO II. *Tertio millennio adveniente*, n.º 54.

«La Transfiguración de Jesús», por Fra Angélico
Museo de San Marcos, Florencia

Gustavo Kralj

Evangelio

En aquel tiempo, Jesús [28b] tomó a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto del monte para orar. [29] Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos brillaban de resplandor. [30] De repente, dos hombres conversaban con Él: eran Moisés y Elías, [31] que, apareciendo con gloria, hablaban de su éxodo, que Él iba a consumar en Jerusalén. [32] Pedro y sus compañeros se caían de sueño, pero se espabilaron y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con Él. [33] Mientras éstos se alejaban de Él, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». No sabía lo que decía. [34] Todavía estaba diciendo esto, cuando llegó una nube que los cubrió con su sombra. Se llenaron de temor al entrar en la nube. [35] Y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo». [36] Después de oírse la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por aquellos días, no contaron a nadie nada de lo que habían visto (Lc 9, 28b-36).

¿Cómo será la gloria del Cielo?

Hemos sido creados para la bienaventuranza, pero ¿cómo será ésta? En la Transfiguración, el divino Maestro levanta el velo de la eternidad que nos aguarda si le somos fieles hasta el final.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – La gloria del Señor se manifestó

Si recorremos las páginas de los santos Evangelios veremos que no consta otra transfiguración de Jesús además de la del Tabor. Es verdad que una vez resucitado se apareció a los Apóstoles en el Cenáculo (cf. Mc 16, 14-18; Lc 24, 36-49; Jn 20, 19-29), a Santa María Magdalena (cf. Mc 16, 9; Jn 20, 1-18) y a las Santas Mujeres (cf. Mt 8, 9-10), pero nada indica que manifestara entonces la refulgencia descrita en esta grandiosa escena que ahora contemplamos. Allí reveló un diminuto brillo de su gloria, a pesar de ocultar la plenitud del resplandor que le es propio. ¿Qué interpretación le podemos dar a este hecho tan sublime? ¿Qué relación puede tener con nosotros dos mil años después? Este pasaje se presta a múltiples profundizaciones, con útiles aplicaciones para nuestra vida espiritual.

A primera vista, no parece que tenga un vínculo notable con la vocación del cristiano, tan oportunamente recordada por el Concilio Vaticano II: «Si bien en la Iglesia no todos van por el mismo camino, sin embargo, todos están llamados a la santidad y han alcanzado idéntica fe por la justicia de Dios (cf. 2 Pe 1, 1)».[1] La perfección no es exclusividad de los clérigos ni de los religiosos, debe brillar también en los laicos, de modo que el espíritu católico impregne la realidad temporal. Y para ser santos no es necesario hacer milagros, ni poseer dones extraordinarios o transfigurarse, como lo hizo Jesús. En el Antiguo Testamento, Dios ya llamaba a la santidad a Israel: «El Señor habló así a Moisés: "Di a la comunidad de los hijos de Israel: Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo"» (Lev 19, 1-2). Por consiguiente, no es fácil determinar una estrecha relación entre la vocación genérica de los hijos de Dios a la santidad y la Transfiguración del Señor, que es un fenómeno milagroso. Analicemos mejor el asunto.

Tres testigos escogidos

En aquel tiempo, Jesús [28b] tomó a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto del monte para orar.

¿En qué momento tuvo lugar la Transfiguración? Seis días, según San Marcos, y unos ocho, según San Lucas, después del acto tan sobresaliente en el cual San Pedro declara que Jesús es Cristo, el Hijo de Dios vivo (cf. Mt 16, 13-17; Mc 8, 27-30; Lc 9, 18-21), a lo que el divino Maestro le responde: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará» (Mt 16, 18). Más tarde, no obstante, les anunciaría los sufrimientos que le aguardaban en Jerusalén, aunque el significado de sus palabras no lo entendieran sus seguidores.

Hacía bastante tiempo que los Apóstoles acompañaban al Señor, pero, infelizmente, tenían una doble visión con respecto a Él. Una era la humana, ya que al haber asumido nuestra naturaleza sufría las contingencias a las cuales está sujeta: tenía hambre y sed; se cansaba, como se puede ver, por ejemplo, en el diálogo con la samaritana junto al pozo de Jacob, cuando le pide agua (cf. Jn 4, 1-26), mientras los discípulos habían ido a buscar comi-

Como en ninguna otra ocasión, en la Transfiguración el Señor reveló algo de su gloria

da; o entonces cuando se echa a dormir en la barca (cf. Mt 8, 23-24; Mc 4, 37-38; Lc 8, 22-23). Junto a estas apariencias comunes existían unos hechos que revelaban algo superior en Él, como pasar una noche entera en oración sin que disminuyese su actividad al día siguiente por ello (cf. Lc 6, 12-13); curar enfermos y expulsar demonios con toda facilidad, por medio de un simple mandato, o incluso enseñar una doctrina nueva y ajena a cualquier escuela de entonces, sin tener estudios. Ambos aspectos daban una idea de Jesús difícil de captar a simple vista... Las facetas humanas y divinas se alternaban en Él y todos, Apóstoles y discípulos, veían que allí estaba el Salvador. Sin embargo, a causa de la equivocada concepción mesiánica que tenían, verlo crucificado sería un desmentido de todo lo que esperaban, una auténtica sacudida en sus convicciones, que les llevaría a perder psicológicamente el norte. Sus anhelos más ardorosos se verían confrontados con el doloroso desenlace de la Pasión y, ante la muerte de Cristo, se plantearían la pregunta crucial: ¿Era o no era el Mesías prometido?

A los que presenciaron la Transfiguración les sería pedido que sustentaran a los otros en el momento de la prueba

Jesús, como celoso pastor de su pequeño rebaño, se esforzaba en prepararlos para tales acontecimientos casi inminentes. Sabía cuánto necesitaban de un refuerzo, de un estímulo, para mantenerse firmes en la fe. Si bien que no convenía que les fuera dado a todos por igual, como afirma Santo Tomás de Villanueva cuando explica el motivo de que sólo tres apóstoles asistieran a la prodigiosa escena de la Transfiguración: «Para que el testimonio de lo visto sea mejor y más concluyente para los demás, ha tenido que ser presenciado por pocos, para que la evidencia del hecho y la gran cantidad de testigos no hagan perder el mérito de la fe».[2] Los tres debían sustentar más tarde a los otros en el momento de la prueba, disminuyendo la sensación de inseguridad que tenían frente a la aparente derrota del Mesías. Así pues, todos continuarían creyendo en la divinidad de Jesús apoyados en las palabras de los que habían presenciado la Transfiguración.

Estos elegidos habrían de presenciar muchas de las humillaciones de Nuestro Señor Jesucristo durante la Pasión y su agonía en el Huerto de los Olivos. De acuerdo con su habitual modo de actuación, la Providencia pide más sacrificios a los que son más favorecidos por la gracia, a los que son más amados. Y si alguno tiene el privilegio de contemplar maravillas sobrenaturales, muy posiblemente será escogido para ser puesto a prueba y demostrar en el amor a la cruz la autenticidad de su amor a Dios. Cuando el alma está sometida a tribulaciones y la carga parece excesivamente pesada, debe recordar que la cruz es el signo de los predestinados y si el momento es el de la prueba llegará la hora de la consolación. Dios lo hace todo con equilibrio y protege a las almas en la medida de sus necesidades.

Debió ser enorme la impresión que el hecho causó en el espíritu de esos tres testigos, hasta el punto de figurar en los tres Evangelios sinópticos, aparte de que San Pedro registra en su segunda epístola la referencia a la voz del Padre: «Y esta misma voz, transmitida desde el Cielo, es la que nosotros oímos estando con Él en la montaña sagrada» (2 Pe 1, 18). San Juan también consignó en su Evangelio la visión esplendorosa de la gloria del Hijo de Dios, al referirse a este episodio, probablemente, con estas palabras: «Y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14).

Gustavo Kralj

El Señor con los tres apóstoles después de la Transfiguración - Museo del Hermitage, San Petersburgo (Rusia). Al fondo, el monte Tabor (Israel)

Bennygross (CC by-sa 4.0)

La gloria se manifestó en la luz refulgente

29 Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos brillaban de resplandor.

Cristo quiso desvelar su gloria «mientras oraba». Una lección para nosotros, que tan a menudo le damos poca importancia a la oración para darle primacía a las ocupaciones concretas del día a día. La oración hace que nuestra alma sea celestial y, por eso, es menester que nunca dejemos de rezar.

¿Cómo entender la refulgencia de Jesús manifestada en esa ocasión? Él quiso mostrar un destello de lo que asistiremos en el Cielo. En efecto, a Pedro, Juan y Santiago les era imposible contemplar la divinidad del Señor con el sentido de la vista, al ser una realidad más allá de nuestra humana naturaleza en esta tierra. Sólo nos será dado verla en el Cielo con la mirada del alma. Pero en el momento de la Transfiguración lograron ver lo que el ojo humano capta, es decir, el fulgor exterior del sagrado cuerpo del Señor. La gloria de su cuerpo era únicamente un reflejo de la gloria de su alma, muchísimo más esplendorosa.

El auge de la Antigua Ley se inclina ante el Evangelio

30 De repente, dos hombres conversaban con Él: eran Moisés y Elías, 31 que, apareciendo con gloria, hablaban de su éxodo, que Él iba a consumar en Jerusalén.

Moisés era el punto máximo de la historia auténticamente grandiosa del pueblo hebreo, marcada por figuras sin par como Abrahán, Isaac, Jacob, José y muchos otros. La vida de ese hombre providencial está salpicada de acontecimientos estupendos. Quizá no haya habido en el Antiguo Testamento nadie como él, no sólo por el porte de su vocación, sino también por su intimidad con Dios, hasta el punto de que el autor sagrado afirma: «El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con un amigo» (Éx 33, 11). A su vez, Elías, con una existencia también caracterizada por la acción divina y por la grandeza, era considerado el auge del profetismo y objeto de especial veneración por los israelitas piadosos, porque su misión no había concluido. A pesar de que fue arrebatado en un carro de fuego de forma misteriosa, Malaquías profetizó su regreso para desempeñar aún una misión especial ante el pueblo elegido (cf. Mal 3, 23-24). Ese conjunto de circunstancias hacía que su memoria estuviera muy viva entre todos casi como si Elías, incluso entonces, estuviese entre ellos.

El hecho de que ambos aparecieran en el monte Tabor, ciertamente en una actitud de sumisión a Jesús, cuyos pormenores no nos cuenta la sencilla narración evangélica, confirmaba a los tres testigos de una forma aún más clara lo que la propia Transfiguración decía por sí misma: Jesucristo era en realidad el Mesías prometido, el Hijo de Dios.

Una enorme gracia poco comprendida

32 Pedro y sus compañeros se caían de sueño, pero se espabilaron y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con Él. 33 Mientras estos se alejaban de Él, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». No sabía lo que decía.

La reacción de Pedro da testimonio de cuán difícil era poder expresar en palabras todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Lo que había dicho tenía su razón de ser, porque reflejaba el deseo de perpetuar esa situación de felicidad paradisíaca.

Estaban extasiados con maravillas nunca vistas, pero al mismo tiempo tenían miedo (cf. Mc 9, 5-6), ya que conservaban cierto apego a muchos principios que no correspondían a lo que se estaba desarrollando ante ellos. Todo el anhelo de un Mesías temporal que resolvería los problemas de Israel quedaba reducido a una bagatela ante esa escena tan magnífica. Cuando vieron a Jesús resplandeciente, no debieron haber entendido bien el alcance de la Transfiguración, porque aún no estaban preparados para asimilar todo lo que Él quería enseñarles. La verdadera noción del Salvador aún no se había constituido en su espíritu y ese episodio entraba en choque con los conceptos distorsionados que predominaban en sus mentes. Esta contradicción no les impedía que tuvieran la experiencia de lo que es un cuerpo después de unirse nuevamente a su propia alma. «La fe», dice San Pablo, «es fundamento de lo que se espera, y garantía de lo que no se ve» (Heb 11, 1). En ese momento estaban viendo anticipadamente una realidad anunciada por la fe, o sea, el esplendor de lo que será un cuerpo glorioso. Todas estas cosas iban acompañadas de gracias, pues ¿de qué serviría que el Señor se transfigurase sin proporcionarles un auxilio sobrenatural especialmente

En el fulgor exterior del sagrado cuerpo de Jesús, aquellos discípulos contemplaron un reflejo de la gloria de su alma

sensible? La mera razón no sería capaz de sustentarlos y serían necesarias esas gracias con las que Dios nos educa y conduce hacia la santidad.

Hijos adoptivos, Dios nos ama como a su Hijo único

> [34] Todavía estaba diciendo esto, cuando llegó una nube que los cubrió con su sombra. Se llenaron de temor al entrar en la nube. [35] Y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo».

Al contrario de lo que hicieron los Apóstoles, hemos de vivir siempre en función de la visión que las gracias místicas nos ofrecen

Para que se fijase en la sensibilidad de los Apóstoles aún más lo importante que era esa visión, tuvo lugar el fenómeno narrado en estos versículos. Prestemos atención en la palabra «Hijo». Jesucristo es la segunda Persona de la Santísima Trinidad, Dios Hijo, el único Hijo engendrado por el Padre. Pero nosotros también estamos incluidos en esa filiación, porque somos hijos adoptivos de Dios por el Bautismo y, por lo tanto, somos hermanos de Jesús, formamos parte de la familia divina. La gloria que ahí se estaba revelando era una anticipación de la misma gloria que tendremos en la eternidad, si correspondemos a esa altísima condición. Por eso debemos «escuchadlo», pues «uno solo es vuestro maestro, el Mesías» (Mt 23, 10).

En «el Elegido», el Padre puso todo lo que podía, es decir, lo infinito de bondad, de verdad y de belleza. A nosotros, que somos sus elegidos, también nos concede dones incalculables en el Bautismo y en todos los demás sacramentos. Infunde el bien existente en nosotros, por su amor. Ser amado por Dios es un privilegio extraordinario que debemos cuidar celosamente, apartándonos del pecado y, si tuviésemos la infelicidad de perder el estado de gracia, debemos tratar de recuperar enseguida la amistad de Dios, andando por el camino del arrepentimiento para acercarnos al tribunal misericordioso de la Penitencia.

Jesús manifiesta su gloria, detalle de «La Transfiguración del Señor» Catedral de Ávila (España)

Las consolaciones no duran siempre

> [36] Después de oírse la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por aquellos días, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

En este mundo, toda alegría llega a su fin. Concluida aquella gran experiencia mística, era necesario que los tres apóstoles bajaran del monte para dedicarse a la evangelización, siempre llena de obstáculos y vicisitudes. Cuando cesa la gracia sensible nos queda la gracia cooperante, que nunca falta, pero que nos exige nuestra colaboración, tantas veces deficiente. Y empiezan los problemas, porque en la vida cotidiana no tenemos la misma claridad para entender las cosas sobrenaturales como en los momentos de la actuación de la gracia operante sobre nosotros.[3] Como lo subrayan los evangelistas, los Apóstoles presentaban dificultades a la hora de comprender el panorama de la Muerte y Resurrección desvelado por el Señor ante ellos en el Tabor (cf. Mt 17, 21-22; Lc 9, 44-45; Mc 9, 31-32); tendían a interpretar lo que habían presenciado con criterios humanos —en el relato de otro evangelista discutían entre sí «qué quería decir aquello de resucitar de entre los muertos» (Mc 9, 10)— y pensaban, poco después, quién de ellos sería el más grande (Lc 9, 46); ya se habían olvidado de las consolaciones de la Transfiguración. Y cuando se toparon con la pavorosa tribulación de la Pasión de Cristo, vacilaron y huyeron.

De este hecho también podemos sacar una lección para nuestra vida espiritual. Para no perder de vista los horizontes sobrenaturales y no llegar a caer en tentación, hemos de vivir en función de la visión que las gracias místicas nos ofrecen. Son mucho más frecuentes en la vida espiritual de los fieles de lo que pensamos y un valioso auxilio para perseverar en las ocasiones de prueba.

II – Un reflejo del Absoluto

La Transfiguración nos da la idea del reflejo del Absoluto preparado para los que vayan al Cielo. Detengámonos un momento a reflexionar este último destino, nuestra resurrección en estado de gloria, si por la misericordia de Dios nos salvamos.

Para que entendamos mejor en qué consiste, consideremos primero la situación del Hombre Dios. Aunque se presente con un cuerpo padeciente, éste debería ser glorioso,[4] por varias razones: en virtud de la unión hipostática, es decir, de la unión de la naturaleza divina con la humana en la Persona del Verbo; por estar su alma en la visión beatífica desde la concepción; y, finalmente, por los méritos conquistados por su muerte en la cruz.

Nosotros no tenemos, obviamente, una unión hipostática con una Persona divina, pero salvadas las debidas proporciones, somos llamados a ver a Dios cara a cara en el Cielo, además de ser beneficiados por los méritos de nuestro divino Redentor, transferidos a nosotros por su infinita clemencia. Así pues, como Jesús, tenemos los títulos que nos garantizan la adquisición del cuerpo glorioso después de la resurrección de los muertos. Por eso, la Transfiguración nos da una noción de cómo seremos en la eternidad y estimula en nosotros la esperanza, porque, como afirma el Apóstol, seremos en la vida futura semejantes a Cristo y con Él triunfaremos: «si sufrimos con Él, seremos también glorificados con Él» (Rom 8, 17).

Por consiguiente, por el testimonio de los tres apóstoles acerca de este milagro, nos ha sido indicado cómo será la felicidad del Cielo, hecho que llevó a San Pedro a querer hacer tres tiendas en el Tabor para no salir nunca más de allí. Sentía tal alegría interior que su deseo era el de no bajar del monte, olvidarse de las luchas y trabajos que aún le esperaban abajo, tal cual nos ocurre cuando somos asumidos por una gran consolación sobrenatural..., nos gustaría que no terminase jamás.

La herencia celestial

Ahora bien, como sabemos, el Cielo es la herencia de los hijos de Dios. Para que comprendamos más a fondo esta verdad, hagamos un contraste. Si consideramos cómo es el infierno, constatamos la total ausencia de amor: allí nadie ama al prójimo, se vive en un delirio de odio de unos contra otros, ya sea en relación con los bienaventurados del Cielo, ya sea en relación con los que participan de la misma desgracia. El odio es perpetuo, a todo y a todos. Por el contrario, en el Cielo se vive eternamente en el amor. Y si ese amor causa felicidad, ésa será la esencia del Cielo, resultante de la visión beatífica, porque es una necesidad de la inteligencia el adherir a la verdad y de la voluntad el amar el bien a su alcance. Dicha aspiración de las potencias del alma será saciada en su plenitud en la posesión de la visión del propio Dios.

Esta figura puede ayudarnos a alcanzar mejor esa realidad: cuando nos presentan una fruta extraordinariamente bella y sabrosa, como el mango cuando está en el punto exacto de maduración, exhalando su atrayente aroma, nuestra inteligencia percibe su autenticidad y hace que las ganas de comérnoslo crezcan. Si, al probarlo, el sabor corresponde a lo esperado, la voluntad y la inteligencia estarán atendidas y nos sentiremos satisfechos.

Podíamos contestar esa demostración con la existencia del mal, pues parecería que el hombre lo ama, por ejemplo, cuando peca. En efecto, al practicar el mal el ser humano se ilude y piensa engañosamente que encontrará el bien en el pecado, porque no es capaz de amar el mal por el mal y de abrazar el error por el error.[5] Son las fal-

Ver a Cristo en su esplendor nos da una noción de cómo seremos en la eternidad, pues «si sufrimos con Él, seremos también glorificados con Él»

Timothy Ring

Los apóstoles contemplan el fulgor de Jesús, detalle de «La Transfiguración del Señor» - Catedral de Ávila (España)

sas apariencias sugeridas por los sentidos las que obnubilan la inteligencia y debilitan la voluntad.[6] En el robo —por hablar de algún pecado—, el ladrón quiere obtener un bien para sí, la propiedad ajena, sin la molestia y el esfuerzo de trabajar con honestidad. Sabe que es una violación de la Ley de Dios, un perjuicio grave para la víctima y para el orden, pero opta con egoísmo por sus propias ventajas. Para vencer la resistencia de su conciencia forjará sofismas que justifiquen el acto ilícito y le den un cierto aire de bien, sin el cual no conseguiría cometerlo. Por el mismo motivo la herejía procura revestirse de las ropas de la verdad para tener libre curso: si ostentase el error sin velos, nadie la aceptaría.

Si en esta vida la comprensión de ciertas verdades nos trae alegría, ¿cuál no será la felicidad en el Cielo, donde tendremos un préstamo de la propia inteligencia divina?

En el Cielo, donde no hay fraude, se encuentran el Bien y la Verdad en esencia y, por tanto, al hombre le es imposible dejar de amar. Del mismo modo, a partir del momento en que el alma ve a Dios en la visión beatífica, la inteligencia y la voluntad adhieren de inmediato a Él, de manera absoluta e irrevocable.

Como será la felicidad en el Cielo

Todos hemos sido creados para Dios y nuestras almas lo anhelan. Por el hecho de poseerlo en el Cielo viene esa plenitud de gozo. ¿Por qué plenitud? Porque la intensidad y la duración de la alegría dependen de la calidad del objeto poseído. Si es pequeña, se desgasta con el tiempo y nos cansamos de él, como suele ocurrir más tarde o más temprano con relación a los bienes materiales y a todo lo que es de este mundo. El placer humano es caduco. ¿Quién escucharía ininterrumpidamente la misma música, por muy bonita que fuese, o contemplaría durante años sin moverse un mismo paisaje? No hay nada en esta vida que no acabe hastiando. Pero Dios no, porque en el Cielo será visto en su todo, pero no totalmente. Y como es la suprema Verdad y Belleza, siempre presentará a nuestros ojos nuevos aspectos por toda la eternidad, sin aburrirnos nunca.

«Entonces», comenta San Roberto Belarmino, «la sabiduría no consistirá más en una investigación de la divinidad en el espejo de las cosas creadas, sino la propia visión descubierta de la esencia de Dios, causa de todas las causas, y de la primera y Suma Verdad».[7] El deseo natural de conocer y de saber se sacia con esa visión, porque nuestro entendimiento será elevado por la luz de Dios —el *lumen gloriæ*—, para ser capaz de comprenderlo de la forma más perfecta posible a nuestra condición. Y si en esta vida la noción de ciertas verdades nos trae alegría, ¿cuál no será la felicidad originada por la dilatación de la inteligencia humana por un préstamo de la inteligencia divina?

Con todo, el gozo celestial no sería completo si estuviese restringido tan sólo a atender los anhelos de la inteligencia. También la voluntad alcanza en él la plenitud de su satisfacción. El corazón tiene necesidad de amar y de ser amado, y nada produce tanta felicidad como realizar este ideal, aunque sea de modo pasajero. Cuando una persona a quien apreciamos mucho, sobre todo si es superior a nosotros en algún aspecto, nos dice «te quiero mucho», nuestro corazón se ensancha por sentirnos amados. Cuán inmenso será nuestro júbilo cuando Dios nos diga: «Hijo mío, te quiero mucho. Tanto, que te he creado y mi amor ha sido el que infundió en tu alma todo el bien que en ella existe. Ven, hijo mío. Aquí estoy para ser tu gozo eternamente». San Alfonso dice que las almas «en el Cielo están seguras de que aman y son amadas de Dios; ven que el Señor las tiene abrazadas con grande amor y que este amor no se romperá ya por toda la eternidad».[8] Ésa es la felicidad en el Cielo.

Felicidad que sacia sin saciar, pues no produce hastío. Así como la verdad, también la bondad de Dios es infinita, y le proporciona al hombre conocer siempre algo nuevo y digno de ser amado. Los santos crearon una imagen muy expresiva al comparar el deleite eterno a una sed que, satisfaciéndose, nunca se sacia: sed de sed. «Los bienes del Cielo sacian y contentan siempre el corazón. [...] Y, a pesar de saciar plenamente, siempre parecen nuevos, cual si fuese la primera vez que se los paladea; siempre se los disfruta y siempre se los desea; siempre se los desea y siempre se los alcanza».[9]

III – Jesús se transfiguró para cada uno de nosotros

Todas esas consideraciones sobre la alegría del Cielo nos hacen comprender mejor el significado del Tabor. Cuando Jesús se transfigura ante los apóstoles, también lo hace delante de cada uno de nosotros, porque la liturgia permite beneficiarnos hoy de la efusión de gracias que hubo en aquel acontecimiento, hace dos mil años. Participamos de la misma admiración de San Pedro, de San Juan y de Santiago. Y a distancia entendemos

—quizá todavía mejor que los apóstoles en ese momento— el mensaje que el divino Maestro quiere transmitir para nuestro bien.

Cuando el cristiano sigue con fidelidad los pasos de Jesús, tiene en su vida espiritual momentos de Tabor, en los que ve con particular claridad el resplandor del Señor. Es la hora de la Transfiguración. Podrá ser en una celebración litúrgica, al recibir la Eucaristía, durante una confesión, cuando hace una oración marcadamente fervorosa o incluso en una circunstancia inesperada de su día a día. El que elije la ocasión para favorecer al alma con gracias místicas es el Espíritu Santo. El recuerdo de esas inefables consolaciones debe ser guardada en la memoria con cuidado, como el que pega en un álbum las fotos de los mejores episodios de su vida, para revivir más tarde la felicidad de aquellos instantes únicos.

Reproducción

El Paraíso, «Les très riches heures du Duc de Berry»
Museo Condé, Chantilly (Francia)

También, en sentido contrario, el buen cristiano tiene a lo largo de la caminata terrena sus viernes santos. Es entonces cuando más se asemeja al Salvador. Serán simples dificultades, podrá ser una persona enferma, problemas familiares, reveses financieros, dramas, desilusiones, decepciones o tragedias que nunca faltan... Parece, pues, que hemos sido abandonados por Dios, que no escucha nuestras plegarias, nuestro grito de angustia, y somos tentados contra la fe, vacilamos, dudamos. Da la impresión de que Jesús está distante. Pero no es así. Está más cerca de nosotros, por mucho que no sintamos su presencia a nuestro lado. Por lo tanto, debemos hacer un pequeño esfuerzo, que no cansa ni da trabajo, de rememorar nuestros momentos de transfiguración en los que percibimos su auxilio con más intensidad, su amor de Padre y su solicitud de Pastor en relación con nosotros. Ese sencillo recuerdo nos fortalecerá en la fe, podrá reavivar las consolaciones con las que hemos sido favorecidos en el pasado y nos ayudará a atravesar los períodos de aridez o las pruebas y tribulaciones de la existencia. La esperanza del premio eterno es un valioso aliento para soportar con resignación cristiana la cruz de todos los días, de la misma forma que los tres apóstoles tuvieron más ánimo durante la Pasión por haber sido testigos de la Transfiguración, y San Juan pudo estar al pie de la cruz, en el Calvario, junto con María Santísima y las Santas Mujeres. Sepamos darle valor a esos destellos de Tabor, porque son la clave de nuestra vida espiritual, el fundamento de nuestra perseverancia. ✧

Los «destellos del Tabor» que experimentamos en nuestra vida espiritual son la llave para nuestra perseverancia en medio de las tribulaciones de esta tierra

---

[1] CONCILIO VATICANO II. *Lumen gentium*, n.º 32.

[2] SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA. Concio 94. Dominica secunda Quadragesimæ, n.1. In: *Obras Completas.* Madrid: BAC, 2011, v. II, p. 735.

[3] Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica.* I-II, q. 111, a. 2.

[4] Ídem, III, q. 14, a. 1.

[5] Cf. Ídem, I-II, q. 77, a. 2.

[6] Cf. Ídem, q. 75, a. 2, ad 1; q. 77, a. 1.

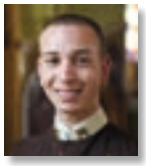
[7] SAN ROBERTO BELARMINO. *Elevação da mente a Deus pelos degraus das coisas criadas.* São Paulo: Paulinas, 1955, p. 247.

[8] SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. Sermones abreviados para todas las dominicas del año. P. II, S. II, serm. 54. In: *Obras Ascéticas*. Madrid: BAC, 1954, t. II, pp. 918-919.

[9] Ídem, p. 919.

El milagro del Vístula

En medio de la pretensión rusa de crear un gobierno universal, comienza la guerra polaco-soviética. Ante la perspectiva de una derrota segura, a Polonia, y tal vez al mundo, sólo le quedaba un recurso de salvación…



Miguel de Souza Ferrari

Nada parece capaz de contener el avance ruso. En Ucrania ya ondea la bandera roja. Ahora los comunistas se dirigen hacia Polonia. Tras conquistar el país, irán hacia el oeste; también quieren, después de dominar toda Europa, someter América y Asia. La expansión universal de este cáncer tan sólo está empezando. Pero para eso, primero tendrán que superar el obstáculo polaco.

Imparable, el Ejército Rojo marcha sobre Varsovia y el enfrentamiento se produce a orillas del río Vístula. Los bolcheviques comienzan a imponerse en la contienda. Todos perciben que la derrota de los polacos es inexorable.

No, esto no es una conjetura con respecto a un futuro inmediato, sino un hecho que ocurrió hace cien años…

El peligro soviético

El Tratado de Versalles, de 1919, había acabado por fin con las disputas territoriales que dieron lugar a uno de los mayores acontecimientos del siglo XX: la Primera Guerra Mundial. A través de ese acuerdo se vieron modificadas las fronteras de muchos países, siendo Polonia uno de los más beneficiados. En efecto, desde el siglo XVIII esta nación estaba repartida entre los imperios austríaco, prusiano y ruso y el pacto vino a restituirle su independencia.

Mientras tanto, en el país de los zares otro hecho llamó la atención del mundo: la revolución comunista. En 1917, los bolcheviques destituyeron al emperador Nicolás II e instauraron el régimen socialista soviético, bajo el liderazgo de Vladímir Lenin. El objetivo de los rojos consistía en dominar todo el orbe a partir de Rusia: «Los intereses del socialismo y de la revolución mundial están por encima de los intereses nacionales, de los intereses del Estado»,[1] afirmó Lenin en mayo de 1918. Para ello, era de suma importancia conquistar otros territorios a fin de hacer frente al capitalismo occidental.

Guerra polaco-soviética

En medio de esas pretensiones rusas de crear un gobierno universal, comenzaría la guerra polaco-soviética. El general polaco Józef Piłsudski rompió la frontera de la Ucrania soviética, junto con el líder nacionalista de ese país Simon Petliúra, y avanzó sobre Kiev.

Aunque el primer ataque se frustró y las falanges polaco-ucranianas se vieron obligadas a retirarse, la circunstancia fue aprovechada por Lenin como pretexto para enviar al Ejército Rojo con el objetivo de sovietizar Polonia.

Los polacos retrocedían unos quince kilómetros por día. Después de una serie de victorias, los bolcheviques llegaron a Varsovia, dirigidos por Mijaíl Tujachevski, un «"Napoleón" soviético de 28 años».[2] La victoria rusa parecía inevitable.

Angustiados y sin esperanza de conseguir ayuda por parte de los demás países occidentales, miles de polacos se congregaron en Częstochowa, a fin de recurrir a la única que les podría auxiliar en esos momentos. Ella ya los había salvado otrora, ¿por qué no lo iba a hacer de nuevo?

Nuestra Señora de Częstochowa

La ciudad medieval de Częstochowa, y más concretamente el monasterio de Jasna Gora —*Monte luminoso*—, es un gran polo de atracción para la piedad polaca, pues contiene un inestimable tesoro: una milagrosa imagen de Nuestra Señora, conocida también como la Virgen Negra.

Río Vístula (Polonia)

Según una piadosa tradición, fue pintada por San Lucas en una mesa, hecha por el propio Jesucristo, mientras el evangelista conversaba con María Santísima. Santa Elena encontró el icono en Jerusalén y lo llevó a Constantinopla, donde permaneció en torno a quinientos años. Después se convirtió en objeto de diversas dotes y, en el siglo XIV, llegó a las manos del príncipe polaco Ladislaus Opolszyk.

Un día, cuando Polonia estaba en guerra con los tártaros, una flecha enemiga entró por una ventana del castillo de Ladislaus, en Belsz, y se clavó en la garganta de la imagen sagrada.

Para proteger el icono, el príncipe decidió llevarlo a Opal, su ciudad natal. Al hacer una parada en Częstochowa lo dejó en una pequeña capilla de madera durante la noche. Al día siguiente, preparándose para salir, lo recogió y se lo llevó a su carruaje. Cuál no sería su sorpresa al ver que los animales se negaban echar a andar, por mucho que los cocheros los estimularan.

Ladislaus comprendió la voluntad de la Santísima Virgen y resolvió dejarlo en la mencionada capilla. A partir de entonces, la imagen empezó a ser conocida como Nuestra Señora de Częstochowa. En torno a ella se construyeron el monasterio y la iglesia de Jasna Gora y enseguida la devoción mariana se propagó por toda la región. Miles de peregrinos acudían a rezarle a la Virgen Negra.

No pasó mucho tiempo para que empezara a realizar prodigios. En 1655, el monasterio fue sitiado por los suecos, que habían conquistado Varsovia, Cracovia y Poznan. Durante cuarenta días, un contingente de 200 soldados, algunos nobles y 70 monjes

Durante la invasión comunista, a Ella fue a quien el pueblo recurrió…

Icono original de Nuestra Señora de Częstochowa - Monasterio de Jasna Gora, Częstochowa (Polonia)

resistieron al asedio llevado a cabo por más de 3000 hombres. La batalla la ganaron los polacos de manera milagrosa, pues atribuyeron la victoria a la intercesión de Nuestra Señora. El rey Juan II Casimiro consagró Polonia a la Virgen María, declarándola su reina y patrona.

En 1920, durante la invasión comunista, a Ella fue a quien el pueblo recurrió…

La batalla del Vístula

El último combate tuvo lugar el 15 de agosto de 1920, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, junto a las orillas del río Vístula.

De repente, la flota rusa comenzó la retirada. Los polacos enseguida lanzaron una contraofensiva que los empujó hasta la Prusia oriental. Casi 100 000 soldados rusos se entregaron al ejército polaco. Algunos historiadores afirman que, hasta hoy, parece imposible encontrar la causa de la «aplastante derrota sufrida por el Ejército Rojo».[3]

Sin embargo, nosotros discrepamos. No les es posible encontrarla porque la buscan en el sitio equivocado. ¿De qué sirve procurar en la tierra algo que se halla en el Cielo? Aquel día Nuestra Señora apareció entre las nubes, sobre Varsovia, y ahuyentó a los comunistas. Inmediatamente el triunfo fue atribuido a la Virgen Negra y el acontecimiento pasó a ser conocido como el milagro del Vístula.

María es la Reina de la Historia

«Se prepara al caballo para el combate, la victoria la concede el Señor» (Prov 21, 31), reza el libro de los Proverbios. Si las fuerzas humanas no podían, de ninguna forma, frenar el ataque adversario, la propia Reina de los Cielos, «imponente como un ejército en orden de batalla» (cf. Cant 6, 10), decidió intervenir.

Casi diríamos que esto es una regla del auxilio mariano en cualquier tiempo y ocasión: suele manifestarse únicamente cuando los hombres llegaron al extremo límite de sus esfuerzos y, por así decirlo, se sienten rodeados por el acre olor del fracaso, a fin de que perciban que la victoria sólo se debe a una acción de la Virgen.

Así pues, podemos estar seguros de que, aun cuando todo parezca perdido, nuestra Reina y Protectora sigue teniendo en sus manos las riendas de la Historia. ✧

---

[1] PIPES, Richard. *História concisa da Revolução Russa.* Rio de Janeiro: BestBolso, 2008, p. 305.

[2] DANIEL-ROPS, Henri. *A Igreja das Revoluções. II – Um combate por Deus.* São Paulo: Quadrante, 2006, p. 318.

[3] PIPES, op. cit., p. 313.

Jakub Hałun (CC BY 4.0)

Cuando San Miguel descendió sobre Irlanda

Skellig Michael: ese es el nombre de una isla del Atlántico que posee una misteriosa presencia del arcángel San Miguel. Su historia se remonta a los tiempos de San Patricio, pero presenta una importante lección para nuestros días.

Hna. Elizabeth Verónica MacDonald, EP

Por extraño que pueda parecerle a quien contempla la escarpada isla-montaña Skellig Michael, ésta ha sido señalada como «un lugar santificado por mil años de oración».[1]

Casi perdida en el mar, a once kilómetros de la costa irlandesa, atrae a unas 11 000 personas al año para emprender una arriesgada excursión, donde se puede conocer de cerca la atmósfera sobrenatural creada por los hechos que allí tuvieron lugar. En efecto, las construcciones de su cumbre, aunque se asemejan más a colmenas prehistóricas que a viviendas humanas, fueron levantadas por manos que supieron llevar a cabo obras de fe y de piedad.

Sin más preámbulos —y sin tener que subir la musgosa escalera que, llena de toda clase de curvas, da acceso a la cima—, desvelemos un poco de su historia, envuelta en las brumas del tiempo…

De las tinieblas a la luz

En el siglo V, el gran San Patricio comenzó la epopeya de arrancar a la nación irlandesa de las garras del paganismo.

La tierra situada al noroeste de Europa, que sería denominada en tiempos venideros como *La isla de los santos*, yacía por entonces en manos de los druidas y del politeísmo celta. Así se entiende que al Apóstol de Irlanda le cupiera el papel de ser su exorcista. Encender allí la antorcha de la fe significaba, ante todo, repeler serpientes venenosas, sapos, magos y, principalmente, a los seres invisibles que oprimían a las almas. Él fue quien apartó al pueblo «del culto a los ídolos y a los espectros, venció y destruyó los fetiches que adoraban, expulsó de entre ellos a los demonios y los espíritus malignos y los sacó de las tinieblas del pecado y del vicio conduciéndolos hacia la luz de la fe y de las buenas obras».[2]

Su osada ofensiva resultó en una retumbante victoria para la Santa Iglesia. Una vez despejado el campo, la Palabra del Evangelio echó en él profundas raíces. La isla se convirtió en un foco del monacato para Europa y sus misioneros estuvieron a la vanguardia del desbaste de nuevos terrenos para la fe.

Hasta hoy día, muchos son los que se maravillan al constatar cómo un hombre consiguió tamaño éxito casi por sí solo, de una manera tan duradera. Aunque el manso Patricio nunca llegó a considerar su misión así. Su grandeza residía esencialmente en admirar e incluso emocionarse de su propia pequeñez en cuanto instrumento del Todopoderoso. Su efectividad radicaba en saber a quién apelar en los momentos de dificultad.

Islas Skellig, Irlanda.
En primer plano, Skellig Michael

facebook.com/IrlAirCorps

El sumo rey de los ángeles

Según la tradición registrada en el siglo XIII por monjes irlandeses, San Patricio empujó a los demonios hasta la costa suroeste de Irlanda, a un lugar aislado. Se trataba de un peñasco de casi veintidós hectáreas, fuera de la península Iveragh, en mitad del Atlántico. A fin de derrotarlos y expulsarlos definitivamente, con los brazos levantados, el patriarca recurrió al auxilio celestial, invocando al arcángel San Miguel.

He aquí entonces que los cielos se iluminaron y un ejército angélico apareció en la cima bajo el mando de ese sumo rey de los ángeles. Lucharon contra los demonios, arrojándolos al océano. Después del exterminio, los espíritus celestes se congregaron en torno de su general y regresaron al Cielo. El arcángel, sin embargo, dejó su escudo milagroso en la montaña.

La punta de la espada de San Miguel

Que San Miguel tiene predilección por ese lugar es un hecho que hasta la geografía subraya. El monasterio de Skellig Michael está situado en el extremo de una línea recta imaginaria que une siete santuarios miguelinos, de Irlanda a Israel, configurando en el mapa la forma de una espada.

A lo largo de la misteriosa y famosa «espada de San Miguel», cada sitio está marcado por una especial presencia y acción del arcángel. La mayoría de esos santuarios están construidos sobre montañas y algunos, en islas, como el célebre Mont Saint-Michel, en la costa de Normandía, o el Saint Michael's Mount, en Cornwall, Inglaterra. El monasterio de Skellig Michael es el más alejado de todos, siendo, por tanto, la «punta de la espada».

Subiendo al Skellig Michael hoy

Los que lo visitan en la actualidad, realizan una jornada inolvidable. El viaje en barco, de sí, ya constituye una aventura. Ahora bien, es sólo el primer escollo. Al llegar al término, los peregrinos se encuentran con un auténtico peñasco que hay que escalar. Mientras se están preparando para la subida, escuchan las directrices acerca de los riesgos y de la ausencia de comodidades turísticas de la isla…

Reproducción

Invocado por San Patricio, San Miguel apareció con su ejército celestial en la cima de la isla y arrojaron al océano a los demonios

San Miguel derrota al dragón - Museo Nacional de Arte Occidental, Tokio

La belleza de la cumbre, no obstante, se vuelve para todos en una amplia recompensa. Desde aquella altura se tiene una vista de pájaro —o, mejor, ¡de un arcángel guerrero!— del territorio irlandés.

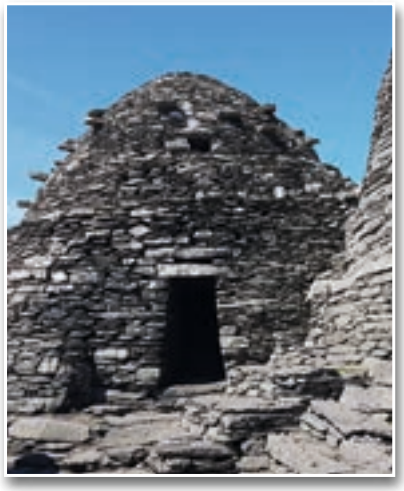
Allí, la naturaleza parece impregnada de la belleza espiritual de San Miguel. Las aves marinas sobrevuelan los desafiantes abismos, simbolizando la superioridad del príncipe de la milicia celestial sobre los infiernos. Los vientos enfurecen a las olas, haciéndolas espumar contra las rocas, representando, sin duda, la fuerza de impacto irresistible con que el condestable del Altísimo se lanzó contra Satanás. Los rayos y truenos, que a menudo vienen a coronar ese escenario, nos hacen intuir el grito de aquel que fue el primero en defender los derechos del Creador: «*Quis ut Deus*», ¿quién como Dios?

La vida en medio del océano

Sobre la vertiginosa cima también hay un monasterio, conservado en su forma original desde mediados del siglo VI, cuando fue construido bajo el abadiato de San Finiano de Clonard, uno de los padres del monacato irlandés y maestro de los llamados Doce Apóstoles de Irlanda.

Ahora bien, quizá muchos se pregunten cómo pudieron haber sobrevivido allí tantos monjes, a doscientos dieciocho metros sobre el nivel del mar… ¡Más aún tratándose de irlandeses, que se caracterizan por su ternura, musicalidad y sociabilidad! ¿Habrán sido los religiosos de Skellig Michael unos «súper hombres» que se despertaban en sus austeras celdas ávidos por bajar los seiscientos setenta escalones que ellos mismos habían excavado en la roca, para pescar su desayuno; o que esperaban con gusto las peligrosas idas a la isla contigua —la Little Skellig— para recoger huevos para la comida; o también, que agregaron al monasterio, compuesto de celdas, oratorio y más tarde una iglesia, un eremitorio solitario en un rinconcillo particularmente agreste, en la cima sur, por mero espíritu de aventura?

Una vida de este tipo sólo puede ser entendida como fruto de un arrobamiento de entusiasmo sobrenatural. La rudeza del edificio y la austeridad de las costumbres allí vividas atestiguan la sustancia y la fe de aquellas almas que hicieron una radical entrega de sí mismas a Dios y lo abandonaron todo, hasta el punto de alojarse en el paraje más extremo del mundo conocido hasta entonces. Estos varones consagraron su existencia a atraer gracias del Cielo sobre una nueva cris-



Fotos: Stinglehammer (CC by-sa 4.0)

Cathal Curran Photography (CC by-sa 4.0)

La constancia de aquellos monjes que allí vivían enseña a los católicos de hoy a acompañar a la Iglesia en su calvario, con un dolor que no se limita a ver a Dios ofendido, sino que se levanta y grita: «Quis ut Deus?»

Aspectos del monasterio de Skellig Michael, Irlanda

tiandad. Su dulzura consistía en sentirse vinculados a la comunión de los santos, compenetrados de que sus actos repercutían en los acontecimientos de la Santa Iglesia, en su época y en todos los tiempos.

Su intenso comercio con lo sobrenatural se puede vislumbrar en este relato de un viajero británico a Irlanda en el siglo XII: «En la parte sur de Munster, […] hay una isla con una iglesia dedicada a San Miguel, famosa por su santidad ortodoxa desde tiempos muy antiguos. Hay una piedra fuera del pórtico de esta iglesia, en el lado derecho, parcialmente fijada en la pared, con un hueco en su superficie, que cada mañana, por los méritos del santo a quien está dedicada la iglesia, [por un milagro] se rellena con tanto vino como convenga para el servicio de las misas del día siguiente, según el número de sacerdotes que hay allí para celebrarlas».[3]

A la vanguardia en todas las iniciativas

En medio de una rutina de oración, estudios y trabajos, los religiosos edificaron con sabiduría las distintas partes del monasterio. Sus curiosas celdas o *clocháns*, redondeadas por fuera y rectangulares por dentro, que podían albergar a una comunidad de doce miembros, resistían maravillosamente a las fortísimas lluvias atlánticas y servían tanto para vivir como para almacenar provisiones. Los monjes también cultivaban huertos detrás del muro construido para resguardarse de la intemperie; y tan eficaz era ese «cortavientos» que sus plantaciones producían el doble que otras tierras de Irlanda. Por otra parte, desarrollaron un sofisticado sistema de purificación del agua.

Su principal cualidad, no obstante, era estar siempre activos en la vida de la Iglesia. Además de que los monjes bautizaron a muchos bárbaros, el lugar funcionó como pujante centro monástico hasta el siglo XIII y, después, como punto de peregrinación. Durante la época de las leyes penales decretadas contra los católicos en Inglaterra e Irlanda, debido a la Revolución protestante, la bendecida isla acogió a los fieles que querían permanecer unidos a la doctrina inmutable de la Santa Iglesia.

Vinculo entre el pasado y el futuro

El Skellig Michael fue un foco de unión entre el Cielo y la tierra, y perduró como vínculo entre un bendecido pasado y un glorioso porvenir. De hecho, la santidad allí vivida contiene una lección para los días actuales.

Las almas mediocres podrían afirmar que sería inútil para los fieles de hoy cultivar la audacia de un San Patricio o la constancia de aquellos monjes que impulsaron una ardua cristianización del mundo. Su ejemplo, sin embargo, enseña que el auténtico católico es aquel que sabe acompañar a la Santa Iglesia en sus dolores, en sus pugnas y en sus exigencias morales, sean las que fueren.

En estos días en que, lamentablemente, ella es atacada, perseguida y desfigurada, cumple a sus hijos acompañarla en su calvario, asumiendo un dolor «lleno de llanto, de desolación verdadera, un dolor de arcángel, que no se limita a ver a Dios ofendido, sino que se levanta y dice "*Quis ut Deus?*", e inicia la batalla contra el demonio para arrojarlo en lo más profundo de los infiernos».[4] ✧

---

[1] O'DONOGHUE, Noel Dermot. *The Angels Keep Their Ancient Places*. Edinburgh; New York: T&T Clark, 2001, p. 4.

[2] O'DONAVAN, John. *Annals of the Kingdom of Ireland by the Four Masters*. 2.ª ed. Dublin: Hodges, Smith, and Co., 1856, v. I, pp. 155; 157.

[3] GERALDO DE GALES. «Topography of Ireland». In: WRIGHT, Thomas (Ed.). *The Historical Works of Giraldus Cambrensis*. London: George Bell & Sons, 1894, p. 95.

[4] CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 13/9/1971.

Bajo el fuego enemigo... ¡y la protección de María!

Enviado al campo de batalla, el joven seminarista veía caer a su lado a numerosos compañeros. ¿Cuál sería su destino en esta guerra fratricida?

Daniela Haiden de Lacerda

Con motivo de la Gran Guerra, Europa puso en marcha sus fuerzas armadas, entre las que, por su alto potencial, destacaba el ejército alemán.

Las circunstancias en las que se desarrolló la contienda obligaron a los ejércitos rivales a mantener sus pelotones atrincherados en territorio francés durante largos meses. Y ante la ardua necesidad de defenderse, reclutaron para combatir en estos frentes a todos los hombres con capacidad para luchar, lo que incluía un elevado número de estudiantes universitarios y recién graduados e incluso seminaristas.

El P. Pablo Forster, misionero redentorista natural de Landshut (Alemania), fue uno de esos reclutas de la nación germánica. Sintiéndose llamado al sacerdocio, había ingresado muy joven en el seminario de la Orden y estaba ansioso por terminar sus estudios cuando, bruscamente, la Providencia cambió el rumbo de su vida…

Al encuentro con la muerte

A la edad de 26 años había sido convocado para la guerra junto con dos compañeros suyos, también seminaristas, y el 30 de diciembre de 1914 la compañía en la que se había alistado recibió la orden de marchar al frente. Todos sabían muy bien que aquel viaje significaba ir al encuentro con la muerte, pues eran pocas las probabilidades de escapar con vida de las trincheras. En el tosco tren que los transportaba, los tres amigos se vieron por última vez.

Meses después de su ingreso en la guerra, los dos colegas de Pablo dieron sus vidas en medio de un duro combate en campo raso. En cuanto a él, no obstante, un designio especial parecía envolverlo. En realidad, poseía algo muy precioso que ciertamente atraía sobre su persona la mirada de la Providencia: una profunda devoción a la Virgen.

Reproducción

Ser convocado al frente de batalla significaba ir al encuentro con la muerte, pues eran pocas las probabilidades de escapar con vida de las trincheras

Soldados alemanes en una trinchera en Aisne (Francia), durante la Primera Guerra Mundial

Forster se confiaba de manera incesante al socorro materno de María, como lo demuestra un piadoso poema que compuso en mayo de 1915, cuando había sido enviado a un puesto especialmente arriesgado:

> Si tengo que dar la vida,
> por mi patria en el mes de mayo,
> al destello de un crepúsculo;
> a ti ya pertenezco, muriendo.
> ¡Oh María, Madre mía!
> Exclamaré ya herido mortalmente.
> Bañado en rubra sangre,
> el corazón de un hijo tuyo se ha ido.
> Entonces me llevarás contigo,
> pues a ti pertenezco como nadie más.
> Incluso lejos de tu cuadro,
> tú estarás siempre cerca de tu guerrero.[1]

Bajo la protección de su Madre celestial, y contra toda expectativa, el joven seminarista pasó la guerra casi incólume, porque, según sus palabras, una «mano invisible»[2] desviaba las balas en otra dirección… Delicada, afable, pero poderosa como un ejército en orden de batalla (cf. Cant 6, 10), esa mano realizó verdaderos prodigios a su favor, alguno de los cuales serán narrados en las líneas que siguen.

El poder del Rosario en la hora del peligro

Un día, cuando apenas estaba amaneciendo, hubo un encarnizado enfrentamiento con los franceses, que acabó en un intenso fuego de cañones revólveres, , dirigido precisamente contra el ala donde se encontraba Pablo. Junto a él, muchos fueron heridos de muerte, en la cabeza o en el pecho. «Nunca olvidaré», cuenta, «el penetrante ruido de una bala atravesando la frente de mi vecino. Yo ocupaba la misma posición elevada que el resto de mis compañeros. No sé cómo logré salir ileso».[3]

A la mañana siguiente de la terrible pelea, el batallón fue llamado a revista; sin embargo, al ser nombrados, muchos no respondieron… «Tan sólo un bendecido sentimiento se apoderó de todos: la convicción de haber escapado a tremendo peligro. Yo, sobre todo, tenía un motivo especial para ser agradecido para con Dios y su Madre Santísima»,[4] reconoce el seminarista soldado.

Otra milagrosa protección le salvaría aún la vida poco tiempo después. Lo destinaron como centinela de observación durante un bombardeo enemigo. Tenía que estar seis horas seguidas casi a merced de los franceses… Sobre su cabeza zumbaban horriblemente granadas y metralla: «El estruendo era incesante, la explosión a mi alrededor, continua. […] Finalmente empecé a rezar el Rosario, encomendándome con insistencia a la protección de la Madre de Dios. Explosiones en las cercanías me interrumpían con frecuencia».[5]

De pronto, se le ocurrió cambiar de posición y avanzó unos veinticinco metros. Se detuvo en un sitio desde donde podía ver mejor el daño que sus compañeros le causaban al enemigo. No pasó mucho tiempo y tres potentes granadas explotaron dentro de la trinchera alemana, muy cerca del lugar que había abandonado minutos antes… ¡La zanja entera acabó soterrada! Ante tan impactante hecho, algunos le atribuyeron una enorme suerte; pero él sabía con toda seguridad de donde le había venido la protección: «Me acordé de mi Rosario».[6]

Apuntado por los fusiles enemigos

Humilde y confiado en el auxilio celestial más que en sus fuerzas, armas y destreza, Pablo confiesa que durante su participación en la guerra, numerosas veces ya no contaba con salvar su vida. Y añade: «Siempre, no obstante, a última hora encontraba una puerta abierta. Siempre la bala que me apuntaba erraba su objetivo…».[7]

Un impresionante hecho ocurrió cuando su destacamento tuvo que atacar una trinchera enemiga. Prosigue su narración: «Yo acometí por

Fotos: Reproducción

Muchos soldados le atribuían a Pablo una enorme suerte; pero él sabía que tanta protección venía de su confianza en el auxilio celestial

Misa en la línea del frente durante la Primera Guerra Mundial. En el destacado, Pablo Forster

la derecha. Inmediatamente a mi izquierda el teniente Dickmann ajustó su ametralladora y empezó a traquetear. Pero el fuego en la salida del cañón despertó la atención del enemigo, que respondió con disparos cerrados de sus metralletas. Las balas golpeaban, con furia, en el antepecho de acero. Una bala, sin embargo, encontró una apertura en el escudo, punto de mira, y mató instantáneamente al oficial. La ametralladora se calló. Entonces los fusiles enemigos me apuntaron. Las salvas eran para mí y para mi compañero, Juan Teufelhart, un joven voluntario de guerra. En un instante el pobre yacía en el suelo con veinticuatro balas en el cuerpo. […] A mí no me pasó nada…».[8]

Confianza puesta a prueba

Acunado en los brazos de María, Forster pasó aún por otras ocasiones de peligro, hasta que, como suele ocurrir con todos los que deciden entrar por la puerta estrecha del Reino de los Cielos (cf. Lc 13, 24), su confianza fue puesta a prueba.

Durante un asalto a un fortín enemigo, una granada estalló a veinte metros de distancia de donde Pablo se encontraba. Sintió un brusco golpe en su mano derecha y, a continuación, la sangre corriéndole por el brazo… Era un fragmento de metal de seis centímetros que se le había incrustado en la palma de la mano, cortándole los tendones y nervios de los tres primeros dedos. Éstos pronto enrigidecieron y se hincharon.

Enviado al puesto de socorro, el médico jefe pensó que era mejor dispensarlo del campo de batalla y enviarlo de vuelta a su patria, donde sería tratado. ¡Inmensa alegría! No obstante, una gran prueba… ¿Habría alguna posibilidad de que su mano volviera a estar sana como antes? Si no, lo cual era casi una evidencia, ¿cómo podría ser ordenado sacerdote? En aquel tiempo, tal minusvalía constituía un impedimento canónico para ello.

De hecho, el accidente tuvo como consecuencia que los músculos de los dedos pulgar, índice y medio se contrajeran y, al no poder ser suturados, terminaron perdiendo flexibilidad… El celo por su vocación, sin embargo, y su fidelidad a la Virgen lo impulsaron a un supremo acto de confianza: apelar a Roma.

Cuando acabó la guerra, Pablo se presentó ante el nuncio Eugenio Pacelli, futuro Papa Pío XII, que entonces residía en Múnich, en busca de una dispensa para ser ordenado. Al principio, el prelado no le dio muchas esperanzas, pero luego la autorización le fue otorgada y la confianza del seminarista, ¡recompensada!

De por vida, el P. Forster guardó profunda y cariñosa gratitud para con su Madre celestial, tratando de confesarla siempre ante Dios y los hombres.[9]

«¡Madre mía, ayúdame!»

«¡De mil soldados no teme la espada quien lucha a la sombra de la Inmaculada!», canta el inmortal himno de las Congregaciones Marianas. En efecto, ¿qué pueden las fuerzas humanas contra aquellos a quienes Nuestra Señora les protege?

Lucía Vu

¿Qué pueden hacer las fuerzas humanas contra los que luchan a la sombra de la Santísima Virgen?

Nuestra Señora del Perpetuo Socorro
Colección privada

Atraída sin duda por la vocación sacerdotal de Pablo, pero también por la filial confianza que este joven le profesaba, la Santísima Virgen obró a su favor grandes cosas. Ahora bien, Ella no dejará de hacer lo mismo también por cada uno de sus hijos e hijas que supieren recurrir a su materna intercesión.

Bajo el fuego de nuestros enemigos, sean terrenales o infernales, no dudemos, por tanto, en exclamar con fe ardiente y sencillez de corazón: «¡Madre mía, confianza mía, ayúdame!». ✧

---

[1] FORSTER, CSsR, Paulo. *Diário de guerra. Minha participação na Guerra Mundial*. São Paulo: [s.n.], 1965, p. 90.

[2] Ídem, p. 138.

[3] Ídem, p. 71.

[4] Ídem, p. 73.

[5] Ídem, p. 74.

[6] Ídem, p. 75.

[7] Ídem, p. 137.

[8] Ídem, p. 138.

[9] Uno de sus gestos de gratitud figura en la sala de los milagros del Santuario Nacional de Aparecida: habiendo ido como misionero a Brasil, el P. Pablo Forster depositó allí una condecoración militar que había recibido, acompañada de una enternecedora dedicatoria a su Madre y protectora, la Virgen María.

Reproducción

Garantía del cumplimiento de las promesas

A menudo existe la tentación de creer que las promesas que tardan en llevarse a efecto nunca se cumplirán. Pero si proceden de Dios, ¡las largas esperas son garantía de su realización!

Hna. Juliane Vasconcelos Almeida Campos, EP

«Hijo, ve entrando en el servicio de Dios, persevera firme en la justicia y en el temor y prepara tu alma para la tentación. Humilla tu corazón, y ten paciencia; inclina tus oídos, y recibe los consejos prudentes, y no agites tu espíritu en tiempo de la oscuridad o tribulación. Aguarda con paciencia lo que esperas de Dios. Estréchate con Dios, y ten paciencia, a fin de que en adelante sea más próspera tu vida» (Eclo 2, 1-3, Vulg).

Esperar con paciencia… ¡Qué difícil le resulta entender el profundo significado de estas palabras a nuestra generación, hija de la velocidad y la tecnología, del frenesí de un mundo globalizado en el que casi todo se conoce en tiempo real con un simple toque de un dedo en una pantalla electrónica!

El Eclesiástico, sin embargo, no nos transmite más que palabras de sabiduría, que nos invitan a una breve reflexión.

La prueba más grande de los elegidos: esperar con paciencia

Si paseamos por las páginas de la Sagrada Escritura, veremos cómo los acontecimientos más populares de la humanidad tuvieron lugar después de una enorme espera. Dios les hace esperar a sus elegidos. Y la gran prueba es aprender que su tiempo no es ni lento ni rápido, sino perfecto: «Mil años en tu presencia son un ayer que pasó; una vela nocturna» (Sal 89, 4).

¡Cómo nos hacen sufrir las divinas dilaciones! No obstante, conllevan una promesa de victoria: «Ten paciencia, a fin de que en adelante sea más próspera tu vida». «La victoria», por tanto, «le es dada a quien ha sufrido con paciencia. Paciencia aquí no es indolencia, sino esa virtud fuerte mediante la cual se soporta el dolor de la espera. ¡Ay del hombre al que la espera no le duele! ¡Ay del hombre que no aguanta el dolor de la espera! Eso es la paciencia»,[1] afirma el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira al comentar el pasaje en cuestión.

El recuerdo de las esperas más prolongadas, consideradas después de mucho tiempo, trae consigo la alegría de la entrega sin reservas en las manos de Dios, hecha tanto en medio de consolaciones como bajo el peso del dolor soportado con paciencia. Y resalta el aroma de la confianza, que es el rastro dejado por la esperanza fortalecida por la fe. «Considerad, hermanos míos, un gran gozo cuando os veáis rodeados de toda clase de pruebas, sabiendo que la autenticidad de vuestra fe produce paciencia. Pero que la paciencia lleve consigo una obra perfecta, para que seáis perfectos e íntegros, sin ninguna deficiencia» (Sant 1, 2-4).

Dios camina junto a sus elegidos

Al contemplar algunos notables episodios de la Historia Sagrada, podemos ver a Dios recorriendo estos caminos con paso resoluto junto a sus elegidos.

Tomemos a uno de los gigantes del Antiguo Testamento: Noé, «un hombre justo e íntegro entre sus contemporáneos» (Gén 6, 9). En una época en la que la maldad campaba a sus anchas, según la narración del Génesis, el Señor no llegó a exterminar de la faz de la tierra a todas las criaturas que respiraban porque Noé halló gracia ante sus ojos. Y Dios le prometió que las salvaría, refugiándolas en el arca que le había ordenado que construyera, mientras Él arrasaba con la impiedad por medio del Diluvio.

¡Tremenda prueba pasó «el pregonero de la justicia» (2 Pe 2, 5)! Transcurrió un centenar de años en la construcción del arca, hecha según las medidas y los planes trazados por el Creador, sin que nada sucediera. Se sometió al escarnio de sus compatriotas, sin languidecer su fe en la palabra del Señor. Su larga y paciente espera fue coronada de júbilo cuando, por fin, después de que las aguas diluvianas bajaran y él se pudiera establecer de nuevo en tierra firme, se convirtió en receptáculo de la alianza divina, simbolizada por el hermoso arcoíris: «Esta es la señal de la alianza que establezco con toda criatura que existe en la tierra» (Gén 9, 17). ¡La promesa se había cumplido!

Paradigma del Antiguo Testamento

Quizá el mayor paradigma de confiada espera en el Antiguo Testamento fuera Abrahán. Pasaron años y años sin que tuviera siquiera descendencia desde que Dios le había prometido: «Haré de ti una gran nación» (Gén 12, 2). Era llevado de un lugar a otro, sometido a incontables pruebas; pero ninguna se comparaba a la de continuar esperando con fe la realización de una promesa sin ningún indicio de que se cumpliera. Finalmente, Dios le concede un hijo: Isaac.

Los grandes acontecimientos de la Historia, como el Diluvio, tuvieron lugar después de enormes esperas; así es cómo Dios actúa con sus elegidos

Entonces llega la prueba de las pruebas: el Señor le pide a Abrahán ¡el sacrificio de aquel hijo de la promesa! Parecía que Dios le exigía a su elegido la renuncia de lo que le había prometido. Aparentemente, estaba violando la propia palabra empeñada… El santo patriarca no lo duda. La paciencia forjada por la fe durante los largos años de espera lo conduce a confiar en el Altísimo y entregarle con generosidad a su amado hijo. Un ángel detiene su mano, portadora de un cuchillo, y Dios se complace con su fidelidad, renovando con él la alianza: «Juro por mí mismo, oráculo del Señor: por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te colmaré de bendiciones y multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa» (Gén 22, 16-17). «Y así, perseverando, alcanzó lo prometido» (Heb 6, 15).

Su perseverancia en la espera fue coronada de gloria, como afirma San León Magno, en la fiesta de la Epifanía del Señor, al comentar la visita de los Magos en cuanto representantes de todas las razas del orbe: «Se trataba de estos pueblos en una descendencia innumerable que había sido

Sergio Hollmann

Francisco Lecaros

A la izquierda, construcción del arca de Noé - Museo de El Escorial (España); a la derecha, Noé después del Diluvio - Iglesia de Santo Domingo de Silos, Córdoba (España). En la página anterior, Dios Padre, por Giovanni Battista Cima da Conegliano - Instituto de Arte Courtauld, Londres

prometida en otro tiempo al santo patriarca Abrahán, descendencia que engendraría no una semilla carnal, sino la fecundidad de la fe, descendencia comparada a la multitud de estrellas, para que el padre de todas las naciones esperase una posteridad no terrena, sino celeste. […] Abrahán vio este día y se regocijó (cf. Jn 8, 56) cuando conoció que sus hijos según la fe serían bendecidos en su descendencia, esto es, Cristo (cf. Gál 3, 16), y se vio en la fe como padre futuro de todos los pueblos (cf. Rom 4, 18)».[2]

La promesa de las promesas

Podríamos seguir disertando sobre otros personajes del Antiguo Testamento, como Moisés, por ejemplo, depositario del augurio de la tierra prometida y que estuvo cuarenta años en el desierto a causa de la falta de paciencia de su pueblo para esperar con fe el cumplimiento de la palabra de Dios. Sin embargo, en aras de la brevedad, reflexionemos acerca de la promesa de las promesas, hecha por Dios aún en el paraíso a nuestros primeros padres, antes de enviarlos a esta tierra de exilio: la Redención, anunciada en el Protoevangelio (cf. Gén 3, 15), cuya realización marcó el comienzo del Nuevo Testamento.

«En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas» (Heb 1, 1) y no fueron pocos los signos y oráculos enviados sobre la venida del Salvador. Entre ellos destacan los de Isaías, el más mesiánico de los anunciadores divinos: «Aquel día, la raíz de Jesé será elevada como enseña de los pueblos: se volverán hacia ella las naciones» (Is 11, 10). No obstante, «todas las precisiones fueron puestas a prueba por el Cielo, a fin de constatar si el pueblo de la alianza sería digno de ver su cumplimiento».[3] Una espera de siglos y siglos les exigiría Dios a sus elegidos…

He aquí que «una virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Enmanuel» (Is 7, 14). María Santísima, conocedora de estas promesas, esperaba llena de fe al Redentor y componía en su corazón su figura divina, deseando ser esclava de aquella que sería su Madre. Pero no imaginaba que Ella misma era la virgen de Isaías: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14).

Frente a la prueba más desgarradora, Abrahán creyó en la promesa divina y su perseverancia en la espera fue coronada de gloria

Más tarde, después de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, momento ápice de la Redención, su fe sin mácula en la Resurrección trajo de vuelta a los Apóstoles y a los discípulos al Cenáculo, llevándolos a creer por encima de la aparente contradicción y desmentido de los hechos. Su esperanza no fue defraudada: «La gran batalla de la Virgen consistía en mantener encendida la llama de la Resurrección en esas pobres almas. Sin su intercesión, ninguna de ellas seguiría creyendo, a pesar de las reiteradas promesas del divino Maestro».[4] Reunidos con Ella en el Cenáculo (cf. Hech 1, 14), los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo prometido, comenzando la difusión de la Buena Nueva, en cumplimiento del mandato del Salvador: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la Creación» (Mc 16, 15). Empezaba la epopeya de la Santa Iglesia Católica.

(CC by-sa 1.0)

Francisco Lecaros

A la izquierda, aparición de Dios a Abrahán en Siquem - Museo Catharijneconvent, Utrecht (Países Bajos); a la derecha, el sacrificio de Isaac - Museo de San Telmo, San Sebastián (España)

Esperanza para el siglo XXI

Hoy, transcurridos veintiún siglos de vida de la Iglesia, viviendo en medio de un escenario de pandemia, guerras e incertidumbre, ¿aún tenemos promesas en las que esperar? Desde hace dos mil años se reza: «Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo» (Mt 6, 10). ¿Podemos esperar la realización de esa oración, enseñada por el divino Maestro, en este nuestro conturbado período histórico?

¡Más que nunca es el momento de creer y esperar! A principios del siglo pasado, Dios envió a su propia Madre a Fátima (Portugal), para alertar a la humanidad con respecto a los problemas contemporáneos. «Nuestra Señora explica al mismo tiempo los motivos de la crisis e indica su remedio, profetizando la catástrofe si los hombres no la escuchan. Desde cualquier punto de vista, por la naturaleza del contenido y por la dignidad de quien las hizo, las revelaciones de Fátima superan, por tanto, todo lo que la Providencia ha dicho a los hombres en la inminencia de las grandes borrascas de la Historia».[5]

Sobre todo, la Virgen vino trayendo la promesa de la realización del Reino de Cristo tan esperado: «Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará». ¡María Santísima no es capaz de engañar! Ella será «constituída Señora y Soberana en los corazones, para someterlos plenamente al imperio de su gran y único Jesús […] *Ut adveniat regnum tuum, adveniat regnum Mariæ*»,[6] enseña San Luis María Grignion de Montfort.

Con todo, si el desenlace de las promesas de Fátima tarda en llegar, no nos olvidemos de que, como afirma el Dr. Plinio, las grandes esperas anuncian lo mucho que Dios será generoso en el momento de atenderlas. «El Señor no retrasa su promesa, como piensan algunos, sino que tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie se pierda sino que todos accedan a la conversión» (2 Pe 3, 9).

Con frecuencia, para nuestra enmienda y para el incremento de nuestro amor es por lo que Él nos hace esperar: «Hay una confianza heroica por la cual uno no se rinde de esperar, a pesar de todo. Esta confianza duele. Y el alma, a menudo, queda en un estado sangrante. Está bien, pero continúa confiando y dice: "La promesa interior, inefable, que Nuestra Señora me hizo en mi alma, esa promesa no fallará, ¡yo confiaré!"».[7]

Bienaventurados, pues, los que creen y esperan, porque será cumplido lo que les ha sido prometido (cf. Lc 1, 45). La espera confiada y paciente siempre será la garantía del cumplimiento de las promesas. ✧

¡Más que nunca es el momento de creer y esperar! Pues la Virgen nos hizo una promesa «Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará»

Nuno Moura

Imagen del Inmaculado Corazón de María perteneciente a los Heraldos del Evangelio

---

[1] CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Ai do homem a quem a espera não dói; ai do homem que não aguenta a dor da espera!». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XV. N.º 172 (jul, 2012); p. 32.

[2] SAN LEÓN MAGNO. Sobre la Epifanía de Nuestro Señor Jesucristo. Homilía III, n.º 2; 5. In: *Homilías sobre el Año litúrgico*. Madrid: BAC, 1969, pp. 130; 132-133.

[3] CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Maria Santíssima! O Paraíso de Deus revelado aos homens*. São Paulo: Arautos do Evangelho, 2020, v. II, p. 218.

[4] Ídem, p. 510.

[5] CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Fátima: explicação e remédio da crise contemporânea». In: *Catolicismo*. Campos dos Goytacazes. Año III. N.º 29 (may, 1953); p. 2.

[6] SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. «Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge», n.º 217. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, pp. 634-635.

[7] CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 7/10/1975.

Una gracia que marca la vida

En una circunstancia extrema, Nuestra Señora quiso confirmarle al Dr. Plinio su maternidad y predilección, a fin de prepararlo para todos los reveses y luchas que aún tendría que librar el resto de su vida.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

El día 2 de diciembre de 1967, el Dr. Plinio canceló la habitual conferencia semanal que les daba a sus discípulos; y sólo salió por la tarde, para comulgar en el santuario del Sagrado Corazón de Jesús. Cuando se bajó del automóvil, nos sorprendió verlo andando con auxilio de un bastón y calzando en el pie derecho una simple zapatilla. Su fisonomía estaba muy abatida. Sin embargo, con su invariable finura, evitaba que quienes lo saludaban notaran nada de su malestar físico.

Al día siguiente, domingo, no se encontraba con fuerzas para salir de casa a fin de cumplir el precepto, y le llevaron la sagrada comunión. Una persona, que tuvo la oportunidad de estar con él por la mañana y por la tarde, contó que le impresionó la elevada temperatura de su mano cuando le saludó. Los días siguientes, la fiebre superaría los 39 ºC. A pesar de ello, mantenía inalterable amenidad, nobleza y distinguidos modales, tal como lo había aprendido de su extremosa madre, Dña. Lucilia.

Las narraciones que, tiempo después, él mismo hizo, revelan la enorme prueba que enfrentó en aquella ocasión:

«Cuando me apareció esa especie de absceso, [en el pie derecho], inmediatamente recordé el pensamiento que tuve mientras veía el documental[1]; percibía que algo disparatado me estaba ocurriendo. Me vi obligado a quedarme en casa unos días, pero empeñándome todo lo posible para que mi madre no se diese cuenta de nada. Mi penoso caminar sólo se hacía posible con el auxilio de unos apoyos».

De hecho, la mañana del día siguiente, lunes, el Dr. Plinio recurrió a los médicos y se vio introducido en un túnel, a primera vista, sin salida. Los resultados de las pruebas del laboratorio revelaron una grave crisis de diabetes. Le fue prescrito un reposo absoluto, una dieta estricta, medicamentos y control glucémico para combatir rápidamente los trastornos orgánicos producidos por la enfermedad. No obstante, quedaba un problema no menos trágico: la gangrena en el pie derecho.

Las primeras curas fueron hechas por los médicos en la propia residencia del Dr. Plinio. Después llamaron a un especialista, quien concluyó que era necesaria una urgente cirugía para acabar con esa grave infección.

Esa misma noche, con los debidos cuidados, fue trasladado al Hospital Sirio-Libanés, donde fue operado. Allí permanecería unos días de convalecencia.

La mayor prueba de su vida

Sin embargo, la situación no dejaba de ser preocupante para el Dr. Plinio. Era plenamente consciente de lo fuerte que había sido sacudida su salud e, incluso, veía de cerca la muerte, como narraría poco tiempo después: «Me preguntaba a mí mismo,

a la postre, no sería ese el momento en el que Nuestra Señora, cansada de mí, liberaría mi alma. Esa era mi gran aprensión y mi gran angustia. Aunque Ella me ampararía hasta en ese extremo y yo moriría con los ojos puestos en su misericordia».

Sí, en el lecho de su enfermedad confiaba en esa misericordia y no temía por su salvación eterna; con todo, ¿qué sería de la institución que había fundado, cuyo crecimiento tan sólo estaba comenzando? Siempre había tenido el presentimiento y la esperanza de ver su apostolado expandirse y lograr la victoria, pero ahora era asaltado por una duda lancinante: ¿se le habrían cerrado las posibilidades de cumplir su misión hasta el final? Y, después de su muerte, ¿se desmoronaría su obra? Así expresaba su perplejidad, al dejar consignados para la Historia los episodios que ocurrieron en esos días: «Estaba seguro de que mi fallecimiento en aquella coyuntura acarrearía la ruina del esfuerzo que empezaba a desarrollarse con vigor y que yo deseaba ardientemente llevar a cabo para mayor gloria de Nuestra Señora, antes de morir».

Si bien que lo peor de su sufrimiento era esta continua interrogante: ¿Acaso no sería él el responsable de esos acontecimientos, debido a alguna incorrespondencia a la gracia? Luego, ¿su obra no alcanzaría todo su cometido por culpa suya? Y esa grave enfermedad, ¿no constituiría un castigo de Nuestra Señora? Y se preguntaba:

«¿No seré yo el miserable, el individuo pésimo, por cuya infidelidad las cosas no van como deberían? Esto es lo que más me atormentaba. Pues si supiera que la misión finalmente se cumpliría, le diría a Nuestra Señora: "Madre Mía, me entrego en los brazos de vuestra misericordia insondable. Expiaré mis faltas confiando en vuestro perdón". Pero pensar que el plan no se realizaría ¡por mi culpa! Eso me partía el alma».

Una estampa procedente de Genazzano

El 16 de aquel mes de diciembre de 1967, primer día de la novena de Navidad, fue sábado. El calor, a pesar de las nubes que cubrían el sol, aún se hacía sentir al atardecer, volviendo más penosa la inmovilidad del Dr. Plinio en la cama. Ya no tenía fiebre, es verdad, pero su organismo se encontraba muy debilitado. El encanecimiento de sus cabellos se acentuó un tanto en aquel período, su peso había disminuido y su rostro estaba demacrado por el trauma de la enfermedad y las preocupaciones. No obstante, se mantenía siempre afable y paternal con todos.

Antonio Carlos Carrero

Con su salud debilitada, el Dr. Plinio se preguntaba: «¿No será que Nuestra Señora, cansada de mí, liberará mi alma?»

El Dr. Plinio en noviembre de 1967. En la página anterior, portada e interior del libro «La Vierge Mère du Bon Conseil», de su propiedad

Hacia las seis recibió la visita de algunos discípulos procedentes de Minas Gerais, los cuales venían acompañados por dos integrantes de su obra más veteranos. El autor de estas líneas, que lo estaba asistiendo, ya estaba en el cuarto.

El Dr. Plinio se alegró mucho de verlos y, nada más iniciar la conversación, uno de ellos le comentó que le pidieron a un amigo, aprovechando su paso por Roma, el favor de comprarles un determinado cuadro, con el objeto de llevárselo a él de regalo.

Se trataba de una estampa enmarcada de Nuestra Señora del Buen Consejo de Genazzano, Mater Boni Consilii, copia del milagroso fresco que allí se encuentra desde el siglo XV. Mientras abrían el embalaje, el Dr. Plinio comentó:

—Hace poco leí un libro sobre la imagen de Genazzano.

Lectura providencial, motivo de consolación

De hecho, ocho meses antes había leído una obra en francés referente a la historia de Nuestra Señora del Buen Consejo, de autoría de un sacerdote misionero en Australia, Mons. Dillon,[2] el cual había pasado un largo período en Genazzano y fue testigo de algunos de los milagros que ocurrieron allí. Describía, principalmente, el fenómeno sobrenatural del cambio de colores y de expresión que se producía en el fresco y mencionaba la abundancia de mociones interiores que las personas recibían delante de él, confirmadas por manifestaciones exteriores de su fisonomía. Y tales comunicaciones se daban, incluso, a través de las reproducciones de la imagen de Genazzano.

A pesar de las pruebas por las cuales estaba pasando, el Dr. Plinio experimentó una gran alegría espiritual durante su lectura, realizada a lo largo de varias noches, antes de acostarse.

Conforme lo iba leyendo, comprendía cómo la devoción a Mater Boni Consilii era propicia a incentivar la virtud de la confianza, que tanto necesitaba en aquella etapa. Y, después

de haber subrayado varias partes del libro, le dedicó una conferencia a la historia de Nuestra Señora del Buen Consejo de Genazzano. Además, había hecho numerosos comentarios al respecto con ocasión de un simposio, realizado con los miembros del grupo de Minas Gerais; tales alusiones a esta advocación fueron las que llevaron a algunos de ellos a encargar la copia del fresco.

La gracia de Genazzano: sonrisa y promesa

El Dr. Plinio se encontraba casi sentado en la cama, reclinado en varias almohadas, cuando le entregaron el cuadro de Mater Boni Consilii. Entonces fue apoyado sobre sus piernas y lo sujetó con las dos manos.

Absorto, encantado, verdaderamente emocionado, durante veinte minutos se quedó contemplando la estampa, sin desviar la mirada de ella y manteniendo un silencio únicamente interrumpido por exclamaciones:

—¡Qué magnífica imagen! ¡Impresionante, extraordinaria! Pero ¡qué maravilla! ¡Qué comunicativa es! Miren, parece que quisiera hablar. Ha cambiado de color. ¡Ahora tiene otra expresión! ¡Qué bondadosa, qué maternal! Está sonriendo, ¡está dispuesta a ayudar! No tengo palabras; ¡uno no sabe qué decir!

Ante una reproducción del fresco de la Madre del Buen Consejo, el Dr. Plinio recibió una de las consolaciones más grandes de su vida

Fresco de Nuestra Señora del Buen Consejo, Genazzano (Italia)

En efecto, aunque no describiera todo lo que vio en la imagen, los presentes coincidieron en afirmar que la estampa de la Santísima Virgen mostró una intensa manifestación ante él, variando su expresión y cambiando de colores, como si, de hecho, le sonriera. Así, sin la menor duda, la experiencia interior que el Dr. Plinio denominaría en adelante «gracia de Genazzano» fue una auténtica y profunda gracia mística, cuyo sentido estaba claro. Y a él se le veía transformada su fisonomía, reflejando una consolación extraordinaria, ¡casi un éxtasis!

Más tarde tuve la oportunidad de preguntarle al respecto y él me descubrió lo que había pasado en ese momento. Y, posteriormente, numerosas veces hizo referencia a ese acontecimiento en conversaciones e, incluso, en conferencias públicas. «En el momento en que miré la estampa, me dio toda la impresión de que la imagen se animaba, sonreía y me hacía entender, por el juego fisonómico, que yo debía tener una confianza plena», diría veinte años después.

«No tengo ninguna duda de que fue una gracia, una promesa», repetirá siempre, sin vacilar; y en otras ocasiones se referirá a la «sonrisa-promesa de Nuestra Señora». Pero ¿cuál fue esa promesa que le había sido transmitida?

Sin oír propiamente una voz, el Dr. Plinio sintió en el fondo de su alma una caricia de María Santísima, con un clarísimo significado: «Hijo mío, no te perturbes. Confía, porque tu obra será concluida y cumplirás por entero tu misión». Esta garantía era precisamente lo que más deseaba, pues resolvía el terrible problema que lo estaba afligiendo.

Además, aquella consolación interior conllevaba también una nota especial de ánimo y de incentivo para la lucha, como describiría en otra ocasión: «¿Qué fue la gracia de Genazzano? Una manifestación específica de cariño, pero con la actitud de una reina que le dice a su soldado: "No te amedrentes ni retrocedas, porque yo asumo la responsabilidad". Todo en ella era discretamente majestuoso, serio y materno, como quien afirma: "Pasarás por pruebas que te horrorizarán y te asustarán, mas recuerda lo que te estoy diciendo ahora: ¡Yo lo venceré todo!"». Y el mensaje fue tan patente y definido, que no daba margen a la menor duda, como es característico de la comunicación profética. «Tuve la certeza como de quien oye claramente una palabra dicha», reconocía con toda modestia. De tal forma esa gracia de certeza comenzó a actuar en su alma, facilitándole soportar el peso de las pruebas, que comentó conmigo la pregunta que a veces se hacía a sí mismo: estando auxiliado por tanta certeza, ¿tendría él algún mérito por creer en aquello que le había sido prometido?

En una palabra, la gracia del 16 de diciembre de 1967 consistió exactamente en la confirmación y en la certeza del total cumplimiento de la misión del Dr. Plinio y de la continuación de su obra, o sea, la derrota de la Revolución y la implantación del Reino de María.

Cualquiera que lo viera entonces tendría la impresión de estar con-

templando a un cruzado que habría caminado cientos de kilómetros y librado innumerables batallas, pero que, finalmente, lograra entrar en Jerusalén y llegar hasta el Santo Sepulcro donde Nuestro Señor Jesucristo había sido depositado. Presentaría todos los signos del cansancio y de la lucha, no obstante sentiría una enorme consolación. Así se encontraba el Dr. Plinio: todo su sufrimiento parecía haber sido compensado por la gracia recibida y se adentraba en una nueva fase de su vida espiritual.

Al día siguiente, 17 de diciembre, el cirujano consideró que el estado de salud del Dr. Plinio había mejorado notablemente y, contra todo pronóstico, le dio de alta.

«Los oídos de mi alma entendieron la promesa de la Madre del Salvador. Por lo tanto, ¡adelante!»

El Dr. Plinio en 1969

La virtud de la confianza a lo largo de toda la vida

Conversando con él por aquellos días, el Dr. Plinio me comentó que había estado analizando la fisonomía de los médicos a fin de entender su propia enfermedad y percibió que los datos que había obtenido mediante esta observación, enriquecidos por el carisma del discernimiento de los espíritus, no se armonizaban con las informaciones que ellos le proporcionaban. O sea, había compuesto bien el cuadro de la situación y comprendió que su recuperación se debía mucho más a la intervención de Nuestra Señora que a los cuidados médicos.

De hecho, la gracia de Genazzano había sido de una importancia fundamental para su restablecimiento. Y, a partir de 1967, él mismo dirá que sin aquel auxilio sobrenatural habría muerto muchas veces.

«No he vivido sino de la gracia de Genazzano», afirmará más de quince años después de aquel acontecimiento, acrecentando luego: «Sin la gracia de Genazzano, mi corazón habría dejado de funcionar hace mucho tiempo y estaría muerto». Y también: «Con tantas preocupaciones, si no fuese por la promesa de Genazzano me hubiera muerto, pues no habría aguantado las incertidumbres y las dudas. Pero aquella promesa era una garantía. Debo continuar en paz, procurando alargar mi vida, no porque mis ojos hayan visto al Salvador, sino porque los oídos de mi alma entendieron la promesa de su Madre. Por lo tanto, ¡adelante! Así es posible conservar la tranquilidad y la estabilidad en la confianza».

«Cuando enfermé, incluso antes de recibir la gracia de Genazzano, me di cuenta de que mi único deber era tener una confianza tan plácida y entera, que ni siquiera me pregunté mucho acerca de mi enfermedad. Me mantenía informado, pero absolutamente nunca angustiado. Y la gracia de Genazzano confirmó esa conducta: cuando me enteré de la naturaleza de mi enfermedad, comprendí que si hubiera zozobrado en la vorágine de la desconfianza, la evolución del mal habría sido irremediable».

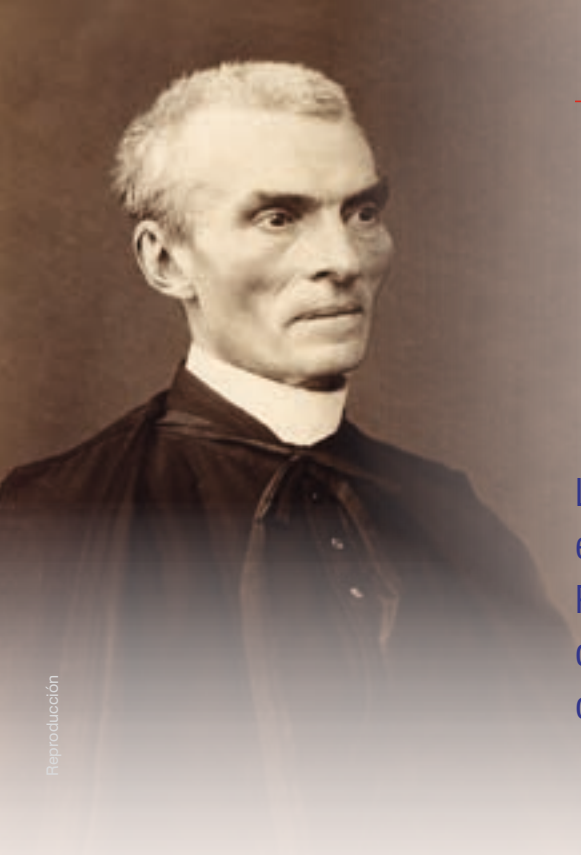
De este modo, su vida estuvo siempre cimentada en la esperanza, de principio a fin. Y, enfrentando siempre las apariencias que le indicaban lo contrario, creyó en la palabra interior pronunciada por Nuestra Señora y esperó el cumplimiento de esa promesa. Esta virtud, infundida en su alma en el Bautismo, lo acompañó especialmente a lo largo de la enfermedad de 1967 y no lo dejaría ni siquiera en la hora de la muerte.[3] ✧

---

[1] El 5 de noviembre de 1967, el Dr. Plinio asistió, desde un sitio muy destacado, a una misa solemne celebrada en la catedral de São Paulo. Distintos aspectos de la ceremonia y del público fueron filmados en el interior del templo y en las escaleras. Días después le invitaron a la proyección del documental. Cuando se vio en la pantalla, se asombró de ver cómo su vigor físico había mermado, probablemente por alguna enfermedad grave.

[2] Se trata del libro *La Vierge Mère du Bon Conseil*, de Mons. Georges F. Dillon, editado por Desclée de Brouwer en 1885.

[3] Texto extraído, con adaptaciones, de: *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 618-619; *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2008, v. IV, pp. 281-295.



Reproducción

San Pedro Julián Eymard

Precursor del reino eucarístico

Llamándolo a fundar la primera Orden dedicada específicamente a alabar al Sacramento del amor, la Providencia quería de él sobre todo una fe que nunca se dejaría vencer, pese a las contradicciones y los desmentidos.

P. Ignacio Montojo Magro, EP

De cabellos completamente encanecidos, un delgado sacerdote de casi 60 años, convencido de que no los verá llegar a causa de los rigores de una vida dedicada al apostolado durante la cual no se concedió nada a sí mismo, conversa con una devota hija espiritual sobre esta existencia terrenal cercana ya a su fin. La perplejidad de ver frustrados repetidamente sus más nobles anhelos y las decepciones con las que algunos de sus allegados porfían en mortificarlo, le llevan a declarar: «Mi consuelo es que, al final de todo esto, será el reino del Santísimo Sacramento. ¡Oh! Gracias, sí, gracias —diré entonces».[1]

* * *

En un humilde hogar del pueblo de La Mure d'Isère, al pie de los Alpes franceses, la celosa Mariana busca con ahínco a su hermano de 5 años, que esa mañana ha desaparecido de la vista de su madre. Después de recorrer todas las habitaciones de la casa y conocedora de las buenas disposiciones del muchacho, se le ocurre mirar en la pequeña iglesia vecina. Pero allí tampoco lo encuentra. Finalmente, su intuición la lleva a la parte posterior del altar mayor, adonde halla al niño arrodillado sobre la tarima que facilita al sacerdote la exposición del Santísimo Sacramento, con la cabeza apoyada en el sagrario. Y al preguntarle qué hacía allí, él le responde cándidamente que estaba conversando con Jesús y aclara: «Porque desde aquí lo escucho mejor».[2]

* * *

Entre esta escena y la anterior habían transcurrido cinco décadas. Ambas, no obstante, resumen la ruta que se había trazado un alma que, en el episodio del inocente niño, ya indicaba el norte de su existencia hacia Dios y, en la fe humildemente manifestada a las puertas del encuentro con Él, certificaba el cumplimiento de su vocación en medio del desmentido de una misión frustrada. ¿A quién nos referimos?

Precoz llamamiento sacerdotal

Aquel jovencito que, además de asistir a misa cotidianamente, visitaba dos veces al día al Santísimo Sacramento se llamaba Pedro Julián Eymard. Con tales disposiciones enseguida vio cómo nacía en su interior la vocación sacerdotal y le prometió al Señor, el día de su Primera Comunión, seguir ese camino.

Alimentaba dicha vocación a los pies de la Virgen, quien profundamente le hablaba al alma desde que, poco antes, hubiera comenzado a peregrinar todos los años al distante santuario de Nuestra Señora de Laus. Sin embargo, la realización de aquel llamamiento aún le costaría duras pruebas, pues circunstancias familiares exigían su presencia en el hogar paterno.

Pedro Julián iba superando las contrariedades con determinación, sobre todo las luchas contra sí mismo. Años más tarde contaría en confidencia que éstas, especialmente en el arduo terreno de la castidad, lo ayudaron a forjar su carácter combativo, el cual benefició mucho a los jóvenes que convivían con él. Finalmente, con 23 años, aquel que había sido un seminarista ejemplar, recibía la ordenación sacerdotal en Grenoble.

Fecundo ministerio de un alma llamada siempre a más

Cualquiera que analizare la vida del joven sacerdote se sorprendería del

eximio desempeño de todas las funciones que le asignaban sus superiores.

Pero, desde sus primeros pasos hacia el presbiterado, aspiraba vehemente a la vida religiosa, anhelo que no había podido cumplir debido a su frágil salud y a la oposición de su propia hermana. Habiendo entrado en contacto con la naciente Sociedad de María, de los Padres Maristas, pensó que había encontrado en ella la realización de su sueño. Una vez más, como sería habitual en su vida, tuvo que vencer numerosos obstáculos, no obstante, acabó consiguiendo el permiso de su ordinario e ingresó en el noviciado de la Orden, en Lyon.

La admirable conducta del P. Eymard hizo que creciera su fama entre los Maristas. Con tan sólo 33 años fue nombrado provincial de la Orden —cargo inmediatamente anterior al de superior general—, sobre el cual acumuló el de visitador general.

El llamamiento eucarístico

La proyección del P. Eymard parecía no encontrar límites en la congregación. La Providencia, sin embargo, lo llamaba *ad maiora*… En efecto, aunque la mirada humana pudiera presagiarle una fulgurante carrera eclesiástica, cierta inquietud rondaba su alma. Tocado por una singular gracia de devoción eucarística, recibió tres profundas mociones divinas que le impelían a enfervorizar la entrañable relación con Jesús Hostia que lo había caracterizado desde su infancia.

En 1845, mientras llevaba la custodia con el Santísimo Sacramento en la procesión de Corpus Christi, sintió un potente llamamiento a depositar a los pies del Señor en la Eucaristía todas las necesidades de la Iglesia y del mundo de entonces. Arrebatado de admiración, le prometió consagrarse por entero al ministerio de, parafraseando a San Pablo, no predicar sino a Jesucristo, y Jesucristo eucarístico. El apostolado desarrollado por el santo en Lyon, derivado de esa primera resolución, le valió el apodo de *Padre del Santísimo Sacramento.*

Pero en 1851 fue cuando íntimas gracias místicas configuraron en su alma el carácter concreto que debería tener su ministerio, recibidas esta vez junto a Nuestra Señora en su santuario de Fourvière. Años más tarde escribiría los pensamientos que en ese momento lo absorbieron: «No es para extrañarse, en efecto, que, desde la institución de la Iglesia, la Sagrada Eucaristía no haya tenido un cuerpo religioso, su guardia, su corte, su familia, mientras que todos los demás misterios de Nuestro Señor lo han tenido para honrarlos y predicarlos».[3] Sin duda, la Divina Providencia forjaba en el P. Eymard una certeza que jamás se apartaría de su espíritu: «Era necesario que hubiera uno».[4]

Dada la situación del mundo, se hacía imperioso fundar una congregación cuyos miembros se santificaran en función del Santísimo Sacramento, fueran sus adoradores permanentes y llevaran a las almas junto al altar, reformando la sociedad a partir de la adoración eucarística.

Vocación clara, trazos inseguros

Siempre dócil a la Providencia, no quiso emprender ninguna acción concreta hasta que no se le fuera mostrado claramente. Durante tres años más, se dedicó con determinación a las funciones que le correspondían en los Maristas, dotando a su apostolado de un profundo carácter eucarístico y desarrollando varias iniciativas en ese sentido, como las jornadas eucarísticas, la adoración nocturna o las Cuarenta Horas.

Únicamente en 1853, durante un filial diálogo mientras estaba haciendo la acción de gracias en la santa misa, el Señor le inspiró que debía, conforme narraría posteriormente, «formar una adoración perpetua y para todos», pidiéndole «un sacrificio absoluto, que todo fuera inmolado», incluso su pertenencia a la Congregación Marista. Aceptó *ipso facto* la invitación y fue «inundado de consolación y también de fuerza»,[5] que ya nunca lo abandonaron, a fin de soportar todo lo que esta entrega comportaba.

El Señor lo llamaba desde la sagrada hostia que reposaba en su interior: «Congregadme a mis fieles, que sellaron mi pacto con un sacrificio» (Sal 49, 5). Con todo, su corazón insaciablemente fogoso no se contentaba con la fundación de una obra destinada a proveerle al culto al Santísimo Sacramento, como nunca, de los mayores esplendores. Esto era tan sólo el punto de partida. Su aspiración consistía en conducir hacia Él a todos los pueblos y, de este modo, reformar una sociedad que caminaba a grandes pasos a la ruina total: «Querría hacer aún grandes cosas por Dios, antes de morir. […] Le pido a Dios que, si en esto no hay orgullo, me conceda una misión que me lleve a hacer el bien por toda la tierra».[6]

Esta fuerte moción de la gracia era bastante osada para la época y las circunstancias en que vivía. En su amplio despliegue de horizontes, el santo tenía muy claro lo que eso significaba, pero no retrocedió ni vaciló en ir más allá: «Le he prometido a Dios que nada me detendría. […] Sobre todo, le pedí la gracia de trabajar para esta obra sin consolaciones humanas».[7]

Una fundación cuajada de obstáculos y fracasos

Los pasos iniciales hacia la anhelada fundación los daría el P. Eymard con un oficial de la Armada retirado, el conde Raimundo de Cuers, reciente converso que luego se haría sacerdote y sería su primer discípulo. Para llevarla adelante, no obstante, tendría que pedir dispensa de los votos religiosos en la Sociedad de María, donde encontró una fortísima oposición que le costó grandes sufrimientos. Muchos de los que aún consideraba hermanos suyos de hábito lo tenían por un traidor a su vocación, pues, según decían, abandonaba la congregación para involucrarse en un proyecto me-

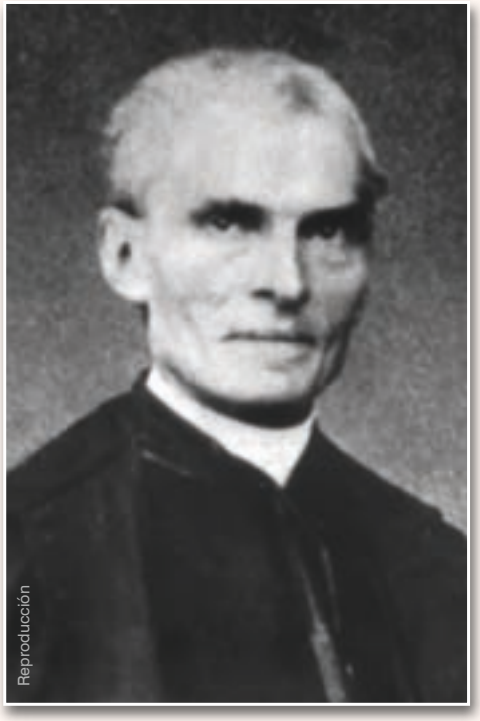
ramente humano, movido por el deseo de realización personal.

Obtenida, por fin, la licencia, los dos compañeros se pusieron en camino para llevar a cabo la obra a la que aspiraban, con la bendición del Papa Pío IX, que animaba esta labor, y la del arzobispo de París. Aun así, la falta de medios era tanta que en repetidas ocasiones temieron por la continuidad de su fundación, porque hasta desalojados fueron de la primera casa en la que se reunieron. Durante años seguidos no lograban disponer de una residencia adecuada, ni tampoco de un lugar donde construir el trono dignísimo que deseaban para Nuestro Señor sacramentado.

Esto no sería nada si las vocaciones acudieran en gran número al nuevo proyecto… Sin embargo, su escasez era angustiosa, pues los primeros candidatos capitularon ante las privaciones que las circunstancias los sometían, impidiendo con ello el inicio de la adoración al Santísimo Sacramento con regularidad.

Peor aún, no tardaron en aparecer un cúmulo de críticas sobre la naciente obra, entre ellas de numerosos eclesiásticos. Muchas, oh dolor, provenían de sus antiguos correligionarios maristas, que lo acusaban de sembrar la cizaña en la mies del Señor con su fundación.

Finalmente, quizá la prueba más dolorosa: algunos pensaban que todas esas contrariedades por las que atravesaba la obra, que no hacían más que aumentar con el paso de los años, indicaban que no contaba con las bendiciones del Cielo. Esto acentuó en los primeros seguidores del P. Eymard una fuerte desconfianza en relación con su papel de fundador, creando un lamentable vacío a su alrededor. Tal indisposición se verificó especialmente en aquel a quien consideraba un verdadero hermano: el P. Cuers, que lo había acompañado desde el comienzo y manifestaba cada vez más celos con respecto a su persona, queriendo apropiarse un poco de la gracia fundacional que no le correspondía. Asimismo, bajo la ridícula pretensión de una entrega más radical a Nuestro Señor sacramentado que la del santo, llegó a separarse de él para fundar su propia Orden eucarística. La incomprensión y la comparación de aquel que debería ser su apoyo más grande y que además arrastró a otros tras de sí fueron uno de los mayores sufrimientos que tuvo que afrontar San Pedro Julián. Con heroica resignación, no obstante, jamás le negó su ayuda y amistad a su viejo compañero.


Reproducción

La certeza de un llamamiento se topó con obstáculos inimaginables

San Pedro Julián Eymard

En medio de tantos contratiempos, la obra iba avanzando. Podemos entender, empero, cuán lejos estaban esas conquistas del horizonte grandioso que años antes había arrobado al fundador. La Providencia le negaba, según su petición, toda y cualquier consolación humana. ¿Acaso estaría Ella condenando al fracaso a aquel que había sido un sacerdote singularmente exitoso? Según criterios humanos, tal vez; pero desde la mirada divina, la realidad era bastante diferente.

La vía de la perplejidad, garantía de éxito sobrenatural

Hay algo que hace sufrir al corazón del hombre más que cualquier padecimiento físico: la contradicción. Cuando el Señor le pidió a Abrahán que sacrificara al hijo de la promesa, el corazón del patriarca gimió porque la exigencia de Dios contradecía lo que Él mismo le había prometido.

¿Por qué procede así el Altísimo? Al hombre Él le concedió la razón para que, conociéndolo, lo amara. Sin embargo, en ciertas ocasiones exige de su criatura una entrega tan elevada que sobrepasa los límites del entendimiento. Le pide un paso en los vastos panoramas de la fe, pero no le da una explicación. Tal exigencia se presenta como una contradicción o, incluso, como un verdadero absurdo, ante el cual el pobre intelecto humano se siente minúsculo e ineficaz.

Esa era precisamente la situación en la que se encontraba el P. Eymard. Al ver explicitado, mediante una profunda inspiración divina, el llamamiento sacramentino, contemplaba proféticamente a qué pináculos de amor al Santísimo Sacramento su obra debía conducir a la Iglesia y al mundo, hasta una transformación completa de la sociedad. No obstante, pasados los años, constataba cuán distantes estaban su congregación y la mayoría de sus hijos espirituales de la realización de lo que el Señor le había hablado interiormente, hasta tal punto de que, viendo que el final de su vida se acercaba, les confió: «Voy a morir y, cuando ya no exista, nadie tendrá la gracia de la fundación… […] Vamos, aprovechaos bien, pedidme, valeos más de mí. Os hablo cuanto puedo, pero voso-

João Paulo Rodrigues

«Al final de todo esto, será el reino del Santísimo Sacramento»

Procesión de Corpus Christi en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

tros os contentáis con escucharme y lo dejáis pasar…».[8]

A los que Dios elige para transitar por las vías de la contradicción, le quedan tan sólo dos actitudes: rebelarse, abandonando el primer amor y juntándose a los que en el Cielo vociferaron «*non serviam*», o someterse, incluso en las brumas de la incomprensión, uniéndose a las miríadas que gritaron: «*Quis ut Deus*» y perseveraron en la fidelidad a aquel que los amó primero. San Pedro Julián Eymard escogió seguir el camino abierto por San Miguel y sus ángeles.

Prueba y consolación final en medio al desmentido

Durante su vida no hizo otra cosa sino luchar, rezar y sacrificarse para que fuera fundado un reino eucarístico entre los hombres: «Que venga el reino de su amor y se extienda por toda la tierra, consumiéndola como un fuego celestial y eterno».[9] Y el desmentido de ver la realización de ese ideal tanto más distante cuanto más se entregaba a él, constituía, sin duda, una prueba a la cual Dios lo sometía por una altísima razón, que no le estaba permitido conocer. He aquí la gran perplejidad de los fundadores: contemplar la posibilidad de establecer en este mundo un reflejo de Dios, pero no ver su completa materialización. En realidad, no obstante, más que sus humanos servicios para la consecución de ese sueño, el Señor todopoderoso quiere de ellos la oblación perfecta de una fe que, a pesar de las contradicciones, nunca se deja vencer.

¿Habría alguna consolación mística que sustentara al santo al final de sus días? Consta, por ejemplo, la misteriosa aparición en su cuarto de un nimbo, en el cual su dedicada asistente, poco habituada a absurdas creencias, logró ver los delicados pliegues de un vestido. ¿Habría sido la Santísima Virgen avisándole de su inminente partida y consolándolo en ese trance? Nunca lo sabremos con certeza. Pero, sí, podemos inferir que poseía la plena seguridad, sustentada por la fe, del cumplimiento de su misión; a tal punto que, a pocos días de su muerte, afirmaba, conforme hemos visto al inicio de este artículo: «Al final de todo esto, será el reino del Santísimo Sacramento».

Ya sea antes o después de su paso hacia la eternidad, San Pedro Julián Eymard pudo comprobar el efecto de ese holocausto de confianza consumado con heroísmo: la custodia, rodeada del mayor honor, reinando sobre una sociedad hecha enteramente de santidad. Sus esfuerzos, por tanto, a favor del establecimiento de ese reino eucarístico no fueron en vano. Comprendió que era necesario que alguien sufriera teniendo claro el objetivo de sus padecimientos, que un hombre creyera en la plenitud de tal reino sin verlo en esta vida, para que otros pudieran contemplar su plena realización. El fundador de los Sacramentinos lo hizo a la perfección, contribuyendo decisivamente al triunfo del Inmaculado Corazón de María anunciado medio siglo después al mundo en Fátima, pues el reino de la Santísima Virgen y el reino eucarístico son uno. ✧

---

[1] O BEM-AVENTURADO PEDRO JULIÃO EYMARD. Rio de Janeiro: Livraria Eucarística, 1953, p. 593. Los datos biográficos de este artículo han sido tomados del mismo libro.

[2] Ídem, p. 8.

[3] Ídem, p. 175.

[4] Ídem, ibídem.

[5] Ídem, p. 255.

[6] Ídem, p. 262.

[7] Ídem, p. 256.

[8] Ídem, pp. 609-610.

[9] Ídem, p. 351.

Ley del aborto: ¿ley o «aborto» de la ley?

Ante las intervenciones del poder público que atentan contra los principios no negociables, es enteramente justa la intervención de la Iglesia para exigir su preservación.

P. Bruno Esposito, OP

En su saludo al final del Regina Cœli del 22 de mayo, el Papa Francisco se dirigió a los participantes de la manifestación nacional *Elijamos la vida* con estas palabras: «Les agradezco su compromiso en favor de la vida y en defensa de la objeción de conciencia, cuyo ejercicio se intenta limitar a menudo. Por desgracia, en los últimos años se ha producido un cambio en la mentalidad común, y hoy en día nos inclinamos cada vez más a pensar que la vida es un bien a nuestra total disposición, que podemos elegir manipular, hacer nacer o morir a nuestro gusto, como resultado exclusivo de una elección individual. ¡Recordemos que la vida es un don de Dios! Siempre es sagrada e inviolable, y no podemos silenciar la voz de la conciencia».[1]

Esta clara intervención del pontífice sobre la sacralidad de la vida se produjo cuando ya parecía seguro que la Corte Suprema de los Estados Unidos volvería a examinar la histórica sentencia *Roe vs. Wade*,[2] que hace cuarenta y nueve años legalizó de facto el aborto a nivel federal.

Así pues, aun con un sentido y sincero respeto por la diversidad de opiniones, pero precisamente por ello —de modo a que no se elabore y se justifique al respecto una especie de teoría de «pluralismo unidireccional», donde al final se admite y tiene derecho de ciudadanía sólo una opinión, la de la «cultura dominante» o de la mayoría—, creo que no está de más tomar la intervención del Santo Padre y la decisión del Tribunal Supremo como momentos propicios para reflexionar serenamente acerca de la juridicidad misma de una ley que permite el aborto, y no dar por sentado lo que, en realidad, nunca puede ser considerado como tal, ya que se trata de la vida de una persona y de una persona *inocente*.

El deber de intervenir y no una mera reivindicación de un derecho

Quisiera compartir unas sencillas reflexiones relacionadas, en primer lugar, con la cuestión preliminar y más genérica sobre el derecho del magisterio de la Iglesia a intervenir en la esfera política cuando está en juego la vida y la dignidad de la persona humana. A continuación, trataré de hacer una aplicación acerca de lo dicho específicamente sobre la ley del aborto. Ley que, por desgracia, forma parte del ordenamiento jurídico de muchos Estados desde hace bastantes años y que la opinión pública la percibe cada vez más como «asentada» y fruto de la modernidad y la civilización, legal y, por tanto, en consecuencia, lícita a nivel moral.

En cuanto al primer punto, sería oportuno que todos, católicos y no católicos, releyeran el esclarecedor contenido del núm. 76 de la constitución pastoral *Gaudium et spes*, del Concilio Vaticano II. En él, los Padres conciliares recordaron con extrema claridad y equilibrio la verdadera y sana relación que debe existir entre la Iglesia y la comunidad política. Considerando que cada una es independiente y autónoma en sus respectivos terrenos, en el único servicio a las mismas personas humanas, no obstante, el texto afirma con cristalina claridad, al mismo tiempo, que la Iglesia tiene el derecho de predicar la fe siempre y por todas partes y de enseñar su doctrina social y, en particular, «dar su juicio moral, incluso sobre materias referentes al orden político, cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas». Como se desprende de aquí, los Padres conciliares solamente manifiestan una exigencia propia de la misión de la Iglesia que, visto más de cerca, no tanto reivindica el derecho ante la comunidad política de poder exponer el depósito de la fe y de enseñar la manera coherente de vivirla, sino más bien se recuerda a sí misma el deber de hacerlo para no traicionar el mandato que le ha sido encomendado por su Fundador. Al actuar de este modo, la Iglesia no hace más que proponer el mensaje salvífico de la verdad evangéli-

ca y no desea, en absoluto, imponérselo a quien quiera que sea. Cosa que, por cierto, hoy más que en el pasado, surtiría el efecto contrario.

Esto no quiere decir, sin embargo, que, a través de las formas y en los lugares y tiempos oportunos de la vida política y social, quien ejerce la autoridad en la Iglesia no tenga el deber de señalar la importancia de ciertas opciones. En el desempeño de esta su tarea específica, el magisterio eclesiástico no hace más que recordarles a todos las exigencias intrínsecas e irrevocables de la naturaleza humana, exigencias que evidentemente, para quien se profesa creyente, son vinculantes de manera muy particular a la luz de la Revelación y en vista de la salvación eterna.

Reproducción

El magisterio de la Iglesia cumple su deber reafirmando el valor supremo e inviolable de la vida desde la concepción

Ley humana para salvaguardar los derechos de todos

En este contexto, examinemos ahora, casi a modo de ejemplo y aplicación de lo dicho, la cuestión de la legalización del aborto en muchos de los ordenamientos jurídicos actuales, presentada por la «cultura» contemporánea como una conquista de la civilización, un «derecho inviolable» de la mujer moderna. Aunque es y seguirá siéndolo siempre, objetivamente, un crimen abominable[3] —que pretende hacerse pasar por un derecho[4]—, pues se trata del asesinato del inocente por excelencia, el más pobre de entre los pobres, ¡porque no ha nacido!

Por lo tanto, la pretensión de legitimar jurídicamente el aborto se resiste a ver la intrínseca contradicción jurídica sobre la que descansa. En efecto, si la idea de «Estado de derecho» nació y se afirmó en el transcurso del tiempo por ser la salvaguardia de los derechos de todos, contra toda anarquía o totalitarismo, ¿cómo se puede admitir en su ordenamiento jurídico una ley que hace del derecho fundamental y primario, es decir, el derecho a la vida, objeto de una concesión arbitraria? Si cada uno de nosotros ha venido a la vida porque su propia madre le ha hecho ese «favor», ahí ya no se puede hablar de auténtico y particular «derecho»; entonces se desmorona ruinosamente toda la concepción y la consecuente estructura del moderno Estado de derecho, ya que precisamente su primer y fundamental derecho se reduce, a lo sumo, ¡a un favor!

Ahora bien, si el magisterio, aun a costa de la impopularidad y de las acusaciones de injerencia, no se cansa de repetir en todo sitio y ocasión el supremo e inviolable valor de la vida desde su concepción, lo hace consciente de que ese es su deber concreto. Un deber que, pese a haber nacido y estar iluminado por la fe, no puede quedar relegado a ella. Esto tiene un significado específico para parlamentarios, políticos y presidentes de países que se declaran católicos. La defensa de la vida no es una cuestión confesional, por la cual basta con declararse no creyente para encontrar justificación a opciones y comportamientos contrarios a la razón, la verdad, el derecho y la justicia. Con la vida y dignidad de la persona humana, tocamos ámbitos y decisiones que no están sujetas al mero consenso de la mayoría para ser moralmente adoptadas. Todo esto exige del magisterio y, en particular, de los bautizados que ocupan cargos en la administración pública, el deber de intervenir en la esfera política, evitando ese complejo de inferioridad que a menudo ha jugado un papel considerable, con desastrosos resultados, en la responsabilidad política de los católicos. El diálogo es importante y necesario, pero sin perjuicio de la importancia de la búsqueda de la verdad y de la justicia, que nunca pueden sacrificarse en el altar del compromiso, el oportunismo o el cínico utilitarismo, especialmente cuando en ese altar se inmolan inocentes.

Conclusión

Estas breves y sencillas reflexiones nos aportan esperanza, pero sobre todo nos comprometen a rezarle al Señor para que los católicos de hoy cada vez sean más conscientes de la necesidad de llegar a la fe adulta, indispensable para anunciar y dar testimonio al mundo contemporáneo la belleza y el encanto de la fe. Una fe que es fruto de una relación vivida con aquel que tanto nos ha amado hasta el punto de dar su vida por nosotros en la cruz, que nunca está contra el hombre, sino siempre para *todo* hombre y para *todos* los hombres, sin excluir a nadie. ✧

---

[1] FRANCISCO. *Regina Cœli*, 22/5/2022.

[2] Para quien quiera conocer los antecedentes y la situación actual, remito a: MOLINARI, Elena. *Aborto, la Corte Suprema può revocare il suo "sì". Poi parola agli Stati*. In: www.avvenire.it.

[3] Cf. CONCILIO VATICANO II. *Gaudium et spes*, n.º 51.

[4] Cf. SAN JUAN PABLO II. *Evangelium vitae*, n.º 4. Toda esta encíclica debería ser objeto de meditación, sobre todo hoy por su actualidad, pero conviene prestarles una atención especial a los números 22 y 23.

Delicadezas maternas de Dña. Lucilia

Con todos los cuidados propios a una madre verdaderamente católica, Dña. Lucilia se empeñaba en darles una digna formación a sus hijos estimulando en ellos el sentido de lo maravilloso.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Reproducción

El especial celo de Dña. Lucilia por sus hijos se manifestaba incluso en su alimentación. Fiel a las antiguas y sabias concepciones al respecto, creía que una buena nutrición era la base de una salud vigorosa. Por eso, se deshacía en solicitudes y atenciones para que Rosée y Plinio tuvieran substanciosos y atrayentes manjares en la mesa.

En la alimentación, mil y una delicadezas maternas

Con todo cariño, trataba de averiguar qué platos eran los más apreciados por ellos, empeñándose en que las cocineras preparasen un menú enteramente adaptado a sus gustos. De esta forma estimulaba el apetito de ambos para que se alimentasen bien.

A menudo llevaba a los niños a confiterías y salones de té, como el del centro comercial Mappin o el de la Casa Alemana, donde el refinamiento se aliaba a la buena comida, y de los cuales eran calurosos frecuentadores. Algunas veces los acompañaba también la *fräulein* Matilde, su institutriz.

En su desvelo materno, Dña. Lucilia recurría incluso a las viejas recetas caseras traídas de Pirassununga, su tierra natal.

En la São Paulo de entonces, en la que pintorescamente todavía se mezclaban lo bucólico de la vida campestre con el progreso creciente de la ciudad, era frecuente escuchar por la mañana temprano el sonido de los cencerros de un rebaño de cabras, cuya leche, fuerte y sabrosa, era vendida de puerta en puerta. Dña. Lucilia mandaba a una criada a comprarla y después ella misma se la servía a sus hijos, aún en la cama, en unos bonitos vasos de cristal, mezclada con coñac francés y canela. Receta tan sencilla como antigua, que su afecto no dejaba de transformar en un poderoso tonificante.

Otras veces, mientras los niños, bajo la atenta mirada de la *fräulein* Matilde, se entregaban a la ardua tarea de los estudios, Dña. Lucilia les preparaba una deliciosa merienda para recompensarles su esfuerzo.

Tan cuidadosa en la alimentación de sus pequeños, no lo era menos en lo tocante a otro aspecto de la educación infantil, aparentemente sin importancia: los juguetes.

Estimulando en sus hijos el sentido de lo maravilloso

A través de los juguetes, Dña. Lucilia quería mantener a Rosée y a Plinio interesados por aquel mundo fantástico de la civilización europea que hacía poco habían conocido durante un viaje, impregnando así a fondo su infancia con el aroma de la cultura del Viejo Continente, para que sus tendencias se orientasen hacia lo más elevado.

Por eso, ponía el máximo empeño en evitar juguetes que pudiesen conducir a la vulgaridad o inculcar en los niños una mentalidad laica. Prefería los que estimulasen el sentido de lo maravilloso o contribuyesen a una buena formación intelectual y cultural.

Cuando pretendía comprarles algunos, por ejemplo en Navidad, salía con sus hijos, sin manifestarles su intención, y pasaba «casualmente» por alguna de las mejores tiendas especializadas en juguetes, como la Casa Lebre, la Casa Fuchs o la Casa São Nicolau, dejándolos admirar a sus anchas lo que quisiesen. Analizando la reacción de ambos, muy expansivos, le era fácil descubrir qué era lo que más les había

gustado. De esta forma, las sorpresas preparadas por ella siempre coincidían con los anhelos de los niños.

Uno de los juguetes que Dña. Lucilia le dio a Plinio y que animó su primera infancia, aun antes de viajar a Europa, fue un caballito de madera, que a él le parecía muy grande y, en consecuencia, lo llamaba «mi Enorme». «Enorme» quedó guardado en el armario de los juguetes durante todo el tiempo que la familia permaneció fuera. Al regresar del Viejo Continente, uno de los primeros deseos que el niño quiso satisfacer fue volver a ver a su «Enorme», a fin de jugar con él. Pero ¡cuál no fue su perplejidad cuando se lo encontró! ¡Parecía que había disminuido de tamaño! Sintiendo una viva extrañeza, Plinio llegó a pensar que le habían sustituido maliciosamente su querido objeto. Por fin, tuvo que ceder a la fuerza irresistible de una explicación bien dada: no disminuyó «Enorme», sino que Plinio había crecido. A pesar de todo, seguía decepcionado y continuó rechazando el juguete. Dña. Lucilia, ante la actitud de su hijo, sonreía amorosamente enternecida. Comenzaba, para Plinio, la larga serie de decepciones que la vida le trae a todos los hombres.

En ciertas ocasiones, llevada por su desvelo, ella misma quería confeccionar los regalos. A veces —a pesar de estar enferma— se quedaba despierta hasta la una o dos de la mañana, dibujando figuras como, por ejemplo, pequeñas muñecas de cartón, que recortaba, arreglaba y pintaba para Rosée, con esmero único. Solía usar un polvo brillante, hecho de mica, para adornar el cabello y los trajes de los personajes.

Encargó en una carpintería una casita de muñecas para su hija y, en estilo acorde con ésta, unos muebles diseñados por ella misma, decorándola después con cortinas y otros aderezos que esmeradamente había planeado y cosido. La casa se componía de tres ambientes «espaciosos»: una sala de visitas, un comedor y un dormitorio.

Soldaditos de plomo, elegantemente provistos de bonitos y coloridos uniformes —comprados en la Casa Maurice Grumbach— era lo que le encantaba a Plinio. Llegó a contar con más de mil, con los cuales organizaba desfiles, revistas y batallas. Fue uno de los juguetes que más apreció, guardándolos durante largos años como un entrañable recuerdo de sus tiempos de infancia.

Otro regalo que afectuosamente le hizo Dña. Lucilia a su hijo fue una aldea francesa en miniatura, juguete cuidadosamente escogido por ella, no sólo para estimular la imaginación del niño, que podía componer el paisaje como le apeteciera, sino también para despertar en él aún más el gusto por las buenas maneras. Y esto porque, entre las piezas integrantes del conjunto, figuraban algunos personajes que se saludaban. Uno de ellos, por ejemplo, era un juez vestido de frac, que llevaba un bastón, y que, en señal de deferencia, se quitaba el sombrero para saludar a una persona que pasaba por el camino.

Entre los juguetes comprados por Dña. Lucilia, a Plinio le gustaban especialmente unos bonitos *puzzles* importados, con grabados de palacios, paisajes europeos o figuras de Oriente, como el Taj Mahal o un grupo de tuaregs con sus camellos, atravesando, durante la puesta de sol, un desierto cuyas arenas estaban teñidas de reflejos rojos y dorados.

Reproducción

Con bondad y firmeza, Dña. Lucilia preparaba a sus hijos para que siempre eligieran el camino del deber

Plinio de pequeño. En la página anterior, Dña. Lucilia en 1906

Preparando a sus hijos para recorrer el camino del deber

Quien analice de modo superficial la solicitud manifestada por Dña. Lucilia en la educación de sus hijos podrá juzgar erróneamente que la bondad, el afecto y la dulzura, en ella superabundantes, excluían las virtudes opuestas a éstas: la severidad, la intransigencia en relación con el mal y el sentido de justicia.

Cuando se trataba del cumplimiento del deber, por muy difícil que fuese, o del rechazo al mal, no cedía ni un milímetro, pero conservando toda la suavidad de sus modales.

En los horarios, por ejemplo, no permitía ninguna modificación. Exigía las oraciones de la mañana y de la noche, de antes y después de las comidas, así como la hora exacta para acostarse, levantarse y dormir la siesta. De este modo, las numerosas obligaciones diarias, observadas fielmente, iban preparando a sus hijos para escoger el camino del deber, incluso en las grandes dificultades de la vida. ✧

Extraído, con adaptaciones, de: *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 174-177.

Fotos: Emilio Paez

Ecuador – Durante el mes de marzo, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María recorrió varias parroquias de la provincia de Azuay, congregando a los fieles a una solemne coronación de la Santísima Virgen y una misa. Arriba, visita a Tutupali Grande (foto 1) y Zhucay (foto 2), en Tarqui, y a la iglesia matriz de Camilo Ponce Enríquez (foto 3).

araldimissioni.it

Ricardo Schneider

araldimissioni.it

araldimissioni.it

Franco Bobbo

Italia – El 13 de junio, los Heraldos del Evangelio participaron en la procesión en honor de San Antonio realizada en la basílica a él dedicada en Padua (foto 2). En Roma, las conmemoraciones de la fiesta de Santa Rita de Casia se llevaron a cabo los días 21 y 22 de mayo, en la iglesia de San Benedetto in Piscinula, con momentos de oración y celebraciones eucarísticas (foto 1). En ese período, continuaron realizándose misiones marianas en varias ciudades italianas, entre ellas Anoia (foto 3) y Scoppito (foto 4). La imagen peregrina de la Virgen también recorrió la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de Borbiago, de Mira, durante la bendición de los campos para que tengan buena cosecha (foto 5).

Fotos: Nicol Langa

Mozambique – Celebración de la Vigilia de Pentecostés en la parroquia de San Gabriel, de los Padres Servitas (foto 2), procesión de Corpus Christi (foto 1) y misas dominicales en la Comunidad San José de Matola-Gare (foto 5), han sido algunas de las actividades pastorales realizadas en los últimos meses por los Heraldos de ese país. En mayo, 300 niños de la Comunidad San Vicente recibieron el escapulario de Nuestra Señora del Carmen (foto 4) y un nuevo grupo de fieles se consagraron como esclavos de amor a la Santísima Virgen, según el método de San Luis María Grignion de Montfort (foto 3).

Fotos: Isabel Sousa

Brasil – Los hogares cercanos a la capilla Monte Calvario, de la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias, de Mairiporã, recibieron el 28 de mayo la visita de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María. El sacerdote heraldo que la acompañaba bendijo sus casas y administró el sacramento de la Unción de los Enfermos a los que lo necesitaban.

José Maldonado

Emilio Paez

Emilio Paez

Pablo Vela

Emilio Paez

Visitas a colegios hispanoamericanos

Numerosos centros educativos de América Latina recibieron con alegría y devoción a la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María. Arriba, visitas al Colegio La Salle de Seglares, en Ciudad de México (foto 1); a la Unidad Educativa American School (foto 2), a la Unidad Educativa Latinoamericana (foto 3) y al Colegio Ausubel (foto 5), de Cuenca (Ecuador); y al Colegio Santa Clara de Asís, de Buenos Aires (foto 4). En muchas de estas visitas, después de la solemne coronación de la Santísima Virgen, hubo una presentación musical para los alumnos.

Fotos: Rocío Hidalgo

Colombia – El 25 de abril, la Escuela de Policía Carlos Eugenio Restrepo, de La Estrella, conmemoró su 38.º aniversario con una misa presidida por el P. Juan Antonio Vargas, EP, y concelebrada por el P. Zahir Gabriel Arión, párroco castrense. La rama femenina de los Heraldos del Evangelio de Medellín animó la celebración con sus cantos.

Fotos: Nuno Moura

Portugal – El Santuario de Fátima acogió, el 23 de abril, a los cerca de 8000 peregrinos que participaron en el XVII Encuentro Nacional de los Heraldos del Evangelio. El programa culminó con la santa misa presidida por Mons. Francisco Senra Coelho, arzobispo de Évora, en la basílica de la Santísima Trinidad.

Fotos: Felipe Cedraz

Brasil – La misa de la Pascua Militar en Salvador de Bahía, presidida por Mons. Sergio da Rocha, arzobispo metropolitano, en la basílica de Nuestra Señora de la Concepción de la Playa, contó con la participación del coro de los Heraldos, que también ayudaron en el ceremonial litúrgico (foto 1). El 13 de mayo, el concejal Alexandre Aleluia consagró la ciudad al Inmaculado Corazón de María, en el ayuntamiento (foto 3). Y al día siguiente, dieciséis fieles fueron confirmados por Mons. Marco Eugenio Galrão Leite de Almeida, obispo auxiliar de Salvador, en la casa de los Heraldos, de Lauro de Freitas (fotos 4 y 5), donde se realiza todos los meses la Comunión reparadora del primer sábado (foto 2).

Promueven una campaña eucarística en Estados Unidos

Una encuesta realizada en 2019 por la agencia estadounidense Pew Research Center, señaló que sólo alrededor del 31% de los católicos de Estados Unidos creen en la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía. En vista de esto, el 14 de junio la arquidiócesis de Detroit, junto con el equipo de la Hallow App, lanzó la campaña *I Am Here* —Yo estoy aquí—, que tiene como objetivo promover una verdadera devoción a Jesús Hostia.

Entre otros recursos, la iniciativa divulga numerosos testimonios de fieles con respecto al cambio experimentado en sus vidas mediante la adoración eucarística; igualmente, su página web dispone de aplicaciones con meditaciones y explicaciones sobre la Eucaristía, incentivando a las personas a oírlas durante una visita al Santísimo Sacramento en su parroquia.

Beatificación de mártires libaneses

El pasado 4 de junio, la Iglesia Católica en el Líbano pudo celebrar con júbilo la beatificación de dos franciscanos que murieron mártires durante la Primera Guerra Mundial. Los sacerdotes Léonard Melki y Thomas Saleh eran amigos desde la infancia y ambos ingresaron en la Orden de los Frailes Menores. Bajo falsas acusaciones, el primero fue preso y brutalmente torturado hasta ser ejecutado a tiros el 11 de junio de 1915, en el desierto, junto con otros 417 prisioneros. El P. Saleh, por su parte, fue condenado a la pena capital bajo la acusación de conspirar contra el Imperio otomano, por esconder a un sacerdote armenio perseguido por pertenecer a ese pueblo. Falleció el 18 de enero de 1917 por desnutrición y tifus, mientras se dirigía al lugar de su ejecución.

adoracionperpetuabarcelona.org

Incremento de capillas de adoración perpetua en España

El número de capillas destinadas a la adoración eucarística permanente no ha parado de crecer en España. Desde marzo de 2020, a pesar de las restricciones impuestas por la pandemia de la COVID-19 y sus consecuencias sobre la práctica religiosa, cinco nuevas capillas para la adoración perpetua han sido inauguradas, haciendo un total de setenta en todo el país.

Javier Taberner, unos de los impulsores de esta devoción en España, destaca que esto es un síntoma de que «la gente está revalorizando la importancia de poder tener al Señor con nosotros las 24 horas del día».

Los obispos de Colombia realizan un curso sobre exorcismo

Del 21 al 23 de junio, la Conferencia Episcopal Colombiana llevó a cabo en Bogotá el II Curso de exorcismo y oración de liberación, dirigido a los delegados episcopales y a los laicos que conforman el «equipo de auxiliares de exorcistas» de todas las diócesis del país.

Según explicó Mons. Gabriel Londoño Sepúlveda, exorcista de la arquidiócesis de Bogotá, el encuentro, que contó con la participación de conferencistas de diversas áreas, tuvo como objetivo el dar respuestas a las nuevas situaciones espirituales que están surgiendo ya no solamente en Colombia, sino en todo el mundo, auxiliando a los ministros en la atención a tantas personas que se sienten acosadas por el mal.

De la Guardia Suiza al seminario

Tras ocho años en la Guardia Suiza, Didier Grandjean, de 32 años, decidió dejar el rango de suboficial en el cuerpo armado para ingresar en el seminario. Como él mismo relató a una agencia de noticias italiana, durante este período que pasó en la Ciudad Eterna sintió gradualmente el llamamiento de servir más de cerca al Señor y dedicarle su vida por completo. Entonces, después de una cuidadosa reflexión, concluyó que el camino que Dios quería para él era el del sacerdocio.

Mártires de la castidad beatificadas en Polonia

El día 11 de junio, el cardenal Marcello Semeraro, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, presidió la ceremonia de beatificación de diez religiosas polacas que sufrieron el martirio en 1945 a manos de las tropas soviéticas. Sor María Paschalis Jahn y sus compañeras pertenecían a la Congregación de las Hermanas de Santa Isabel y murieron en diferentes ciudades defendiendo su fe y su castidad tras ser agredidas por soldados del Ejército Rojo.

La elevación a los altares de estas monjas es también una forma de honrar a todas las demás mujeres consagradas ejecutadas por los soldados soviéticos durante el período de guerra. Se estima que, sólo en la Congregación de Santa Isabel, más de cien religiosas fueron asesinadas en circunstancias similares.

Cristianos obligados a abandonar sus casas

Un informe publicado en junio por Open Doors, una ONG que trabaja en pro de la libertad religiosa, revela que cristianos de cincuenta y ocho países —de los setenta y seis donde más per-

Cáritas Española celebra setenta y cinco años de existencia

Cáritas Española cumple este año su 75 aniversario fundacional. El surgimiento de la institución se produjo durante el arduo período de la posguerra, tanto nacional como mundial, con vistas a afrontar las grandes dificultades que atravesaba la población. En 1947 se redactaron los estatutos de constitución, creándose la Cáritas tal y como la conocemos hoy. Con el tiempo, la entidad se fue expandiendo, llegando a atender incluso obras de caridad a nivel internacional. Actualmente mantiene más de sesenta proyectos en cuarenta países de África, América del Sur y América Central, Asia, Europa del Este y Oriente Medio.

Las conmemoraciones por la efeméride culminaron con la celebración, el 1 de julio, de una misa en acción de gracias presidida por el cardenal Carlos Osoro Sierra, arzobispo de Madrid, en la catedral de Santa María la Real de la Almudena. Cáritas Española les agradecía de esta manera a todos los agentes pastorales, voluntarios y colaboradores su compromiso a favor de las personas más vulnerables.

archimadrid.org

Celebración eucarística en la catedral de la Almudena, Madrid, por los setenta y cinco años de Cáritas

secución sufren en todo el mundo— se han visto obligados a abandonar sus hogares debido a la fe que profesan.

La presión social o familiar, las leyes contra la «apostasía y la blasfemia», la inestabilidad política y las imposiciones de grupos extremistas son algunos de los principales factores que provocan esta situación. Según Helene Fisher, una de las expertas responsables de la investigación, «el desplazamiento no es sólo una consecuencia de la persecución, sino que, en muchos casos, es intencionalmente parte de una estrategia más amplia, que tiene como objetivo erradicar el cristianismo de la comunidad o del país».

Dos sacerdotes asesinados en Nigeria

Dos sacerdotes más se suman a las víctimas de la persecución religiosa que azota a Nigeria. El 26 de junio, hombres armados asesinaron al P. Vitus Borogo, capellán de la comunidad católica de la Politécnica del estado de Kaduna, en Prison Farm, a lo largo de la carretera Kaduna-Kachia. El mismo día, el P. Christopher Odia, de la diócesis de Auchi, fue secuestrado cuando se dirigía a la misa dominical y, posteriormente, asesinado.

Unos días antes, habían fallecido tres personas y otras cuarenta fueron secuestradas en un ataque a la iglesia de San Moisés, al noroeste de Nigeria, durante la misa dominical. Y el 5 de junio, solemnidad de Pentecostés, unos cuarenta fieles perdieron la vida en la masacre perpetrada por terroristas armados en la iglesia de San Francisco Javier, al suroeste del país.

¿Cuál es tu valor?

Tras unos amargos suspiros, Leonardo decide caminar sin rumbo por la casa, a la espera de alguna inspiración. La ansiedad está en su punto más alto. El asunto es serio…

Hna. María Gabriela Carvalhaes Fiúza, EP

El sol ya se ha puesto. Nos encontramos en una gran ciudad moderna, en el cuarto piso de un edificio, en un ambiente común de un hogar familiar.

Horas delante del cuaderno, mil y una ideas confusas en la mente; sin embargo, ni una sola frase escrita… ¿De qué se trata? La profesora de Literatura le ha puesto al joven Leonardo como deberes para casa, que valen unos imperdibles diez puntos, la tarea de hacer una disertación con el título: «¿Cuál es tu valor?». Después de pasar largos quince minutos sin ninguna inspiración digna de ser presentada con el nombre de «redacción», cansado y sufriendo su propio fracaso, cierra el cuaderno y se pone a deambular por la habitación. Para completar la situación, hasta su perro parece compartir el estado desorientado del muchacho, pues empieza a dar vueltas en torno de sí mismo a toda velocidad…

Leonardo se echa en el sofá y comienza a toquetear el teléfono móvil convencido de que, ahora sí, en ese aparato «mágico» le será fácil encontrar una iluminación para su trabajo y quizá ¡haya algo ya hecho! Más veloz que las vueltas del animal, aparece el resultado de su primera búsqueda con la palabra *valor*: «Vehículo de gran valor». Saboreando anticipadamente el éxito, ¡elige esa opción! Pero… la voz aguda de su madre lo llama del «mundo de los automóviles»:

—¡Leonardo! ¡Tu hermano ha estrellado el coche al regresar de la facultad! A él no le ha pasado nada. Menos mal que el coche ya era un poco antiguo y no tenía mucho valor…

—Sin duda, mamá… —responde desconcertado.

En unos segundos se esfumó todo el «valor» que internet le había presentado…

A lo mejor la inspiración viene de otra fuente: entonces coge un folleto que le habían dado en la farmacia, cuando fue a comprar unas medicinas para su abuela. En letras grandes y muchos colores se lee: «¡Cuide bien de su salud, es el único valor de su vida!». ¡Eso es! Leonardo cree que ya ha encontrado la solución que

Ilustraciones: Giuliana D'Amaro

Horas delante del cuaderno y ni una sola frase escrita… Leonardo no sabía por dónde empezar los deberes

le dará los diez puntos en Literatura. Toma el cuaderno y, con cierta vergüenza de sí mismo, escribe la frase del encarte farmacéutico como la primera de su esforzado texto.

No obstante, algo le interrumpe el hilo lógico de su pensamiento: suena el teléfono, Leonardo se levanta de un brinco y corre hacia el aparato en el auge de su buen humor —ni se diría siquiera que es el mismo adolescente deprimido de hace unos momentos. El perro se pone a ladrar y saltar; ¿será para compartir la victoria final de su dueño? Leonardo responde. ¡Sorpresa! Pero no todas las sorpresas son buenas… Se trataba del aviso de cancelación de la fiesta de cumpleaños de su prima, porque —la pobrecita— estaba enferma. De nuevo se va por la ventana «el único valor»… Leonardo, ahora furioso, le da severas órdenes al infeliz del perro para que deje de ladrar; sin entender ese cambio tan repentino, el animal se tumba melancólico. Como venganza personal e intransferible, último acto: ¡Leonardo arranca la hoja del cuaderno, la arruga y la tira por la ventana!

La ansiedad está en su punto más alto. ¡El asunto es serio!

El estudiante se sienta entonces en la mesa en la que su padre resuelve los problemas de su trabajo; ve un periódico impreso junto al ordenador; algo un poco raro hoy en día. La lectura en papel físico, no «virtual», atrae al joven redactor. Sintiéndose maduro en edad, Leonardo procura interesarse por esas letritas negras. «Tener dinero, el valor del hombre moderno», la primera idea, hallada. ¡He aquí la solución al enigma! Leonardo no lo duda: quita el salvapantallas para redactar su obra maestra.

Se lleva un susto… una ventana se abre, quizá algo relacionado con los asuntos de su padre: «La Bolsa de valores se desploma y convierte a ricos en mendigos». ¡No puede ser! En un esfuerzo a la desesperada abre otra nota en colores más llamativos: «Pandemia y colapso financiero». Extenuado por tanta frustración, Leonardo se ve incapaz incluso de desconectar el dispositivo… Aparta la silla giratoria y deja caer la cabeza sobre el teclado.

Tras numerosos fracasos, decidió buscar inspiración en uno de los libros de la biblioteca de su abuelo

Tras unos amargos suspiros, la distancia psíquica vuelve a hacerse cargo: «No, seguramente las ideas vendrán si me muevo», piensa. Por lo tanto, decide caminar sin rumbo por la casa, acompañado siempre por su fiel mascota, que no le guarda resentimiento alguno por su anterior nerviosismo.

Finalmente, se topa con una sala donde está la biblioteca legada por su abuelo. Estantes y estantes de libros, una pila intrusa de revistas de cocina que su madre dejó por allí y hasta una discreta capa de polvo… ¿En qué podría inspirarse?

Con determinación, coge uno de los tomos más antiguos. Se sienta y ¡cuál no es su asombro al leer el nombre de la obra!: «Las imágenes de mayor valor». ¡¿Valor?! «Eh… ¿no será esto un nuevo error?», reflexiona. Venciendo los traumas, abre el libro.

En la primera página, el joven ve la foto de una imagen muy antigua de María Santísima desgastada por los siglos, que incluso había sufrido la furia de las llamas. Leonardo lee una nota explicativa: «En el centro de una plaza medieval se encontraba la piadosa Virgen de los Afligidos, desafiando a la intemperie y sonriendo siempre a los transeúntes. Un día se desató un incendio en la ciudad y se propagó por los pinares de los alrededores; las llamas dejaron marcas en la tan querida imagen». El fuego fue apagado, pero otro fuego se había intensificado: el amor de la población a la Virgen de los Afligidos, que pasó a ser la patrona del lugar. El comentario final era el siguiente: «El material de la escultura no es de gran calidad. En nuestra región hay numerosas piezas sobremanera preciosas. No obstante, el desastre que atravesó nuestra intercesora le confirió un valor que supera cualquier oro».

Ahora sí, entusiasmado, Leonardo cierra el libro y siente cómo las ideas le vienen a la mente con toda claridad. Se levanta rápidamente, coge el castigado cuaderno de hace unas horas y en él graba con mano firme: «¿Cuál es tu valor? Tú vales por las luchas, los sufrimientos, los dramas enfrentados. El valor de una criatura humana no se halla en tener bienes materiales, salud, dinero… Su valor está en el cumplimiento de la voluntad del Señor, ser fiel a Él en cualquier circunstancia, aunque el ardor del infortunio le haga sufrir».

Líneas y líneas salen de las manos del feliz estudiante, que tanto ha aprendido en las desilusiones y en una rápida lectura. «Terminé una lección y aprendí otra para la vida», exclamó sosegado. La mascota «intuyó» la alegría de su dueño y saltó a su lado en el sofá. Leonardo, ahora un joven madurado por los hechos, acarició la cabeza del animalito y concluyó: «Hoy he entendido de dónde proviene mi verdadero valor: atravesar las tormentas en unión con Dios». ✧

Los santos de cada día

1. San Alfonso María de Ligorio, obispo y doctor de la Iglesia (†1787 Pagani - Italia).

Beato Alexis Sobaszek, presbítero y mártir (†1942). Sacerdote polaco deportado al campo de concentración de Dachau, Alemania, donde murió tras sufrir atroces tormentos.

2. San Eusebio de Vercelli, obispo (†371 Vercelli - Italia).

San Pedro Julián Eymard, presbítero (†1868 La Mure - Francia).

Beata Juana de Aza, laica (†s. XIII). Madre de Santo Domingo de Guzmán, a quien condujo desde la infancia por las vías de la virtud.

3. San Pedro de Anagni, obispo (†1105). Monje benedictino electo obispo de Anagni, Italia.

4. San Juan María Vianney, presbítero (†1859 Ars sur Formans - Francia).

San Aristarco. Cristiano macedonio, discípulo de San Pablo, lo acompañó en difíciles circunstancias de apostolado, hasta en la prisión.

5. Dedicación de la Basílica de Santa María la Mayor.

Beato Francisco Zanfredini, eremita (†c. 1350). Terciario franciscano que, tras donar sus bienes a los pobres, vivió casi cincuenta años en una ermita en Montegranaro, Italia.

6. Transfiguración del Señor.

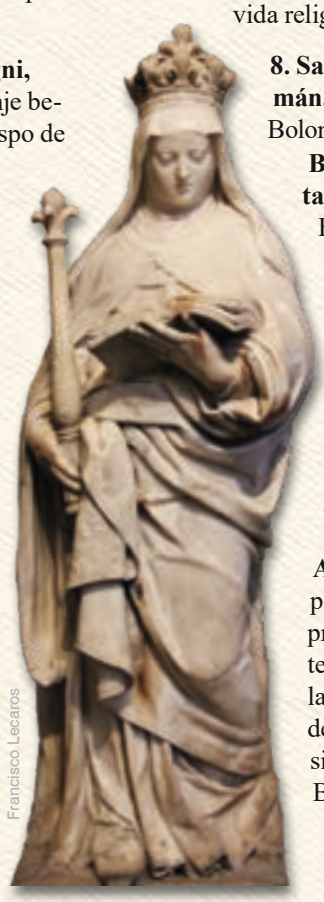
San Hormisda, Papa (†523). Logró acabar con el cisma de Acacio en Oriente.

7. XIX Domingo del Tiempo Ordinario.

San Sixto II, Papa, **y compañeros,** mártires (†258 Roma).

San Cayetano de Thiene, presbítero (†1547 Nápoles - Italia).

Beato Jordán Forzaté, abad (†c. 1248). Para escapar del incendio que arrasaba Padua, se refugió en el monasterio benedictino. Allí permaneció, atraído por la vida religiosa.



Francisco Lecaros

Santa Radegunda
Iglesia dedicada a ella en Poitiers (Francia)

8. Santo Domingo de Guzmán, presbítero (†1221 Bolonia - Italia).

Beata María Margarita Caiani, virgen (†1921). Fundadora el Instituto de las Hermanas Franciscanas Mínimas del Sagrado Corazón, en Poggio, Italia.

9. Santa Teresa Benedicta de la Cruz, virgen y mártir (†1942 Auschwitz - Polonia)

Beato Florentino Asensio Barroso, obispo y mártir (†1936). Fue preso y fusilado durante la guerra civil española, poco tiempo después de haber tomado posesión de la diócesis de Barbastro.

10. San Lorenzo, diácono y mártir (†258 Roma).

Beato Agustín Ota, religioso y mártir (†1622). Hermano lego jesuita y ardoroso catequista decapitado en Japón.

11. Santa Clara, virgen (†1253 Asís - Italia).

San Equicio, abad (†a. 571). Por su santidad, pobló de monasterios la antigua provincia de Valeria, Italia.

12. Santa Juana Francisca de Chantal, religiosa (†1641 Moulins - Francia).

Beata Victoria Díez y Bustos de Molina, virgen y mártir (†1936). Fusilada durante la guerra civil española, murió exhortando a otros católicos al martirio.

13. Santos Ponciano, Papa, **e Hipólito,** presbítero, mártires (†c. 236 Cerdeña - Italia).

Santa Radegunda, reina (†587). Esposa de Clotario, rey de los francos, ingresó en el monasterio de la Santa Cruz de Poitiers aún en vida de su esposo.

14. XX Domingo del Tiempo Ordinario.

San Maximiliano María Kolbe, presbítero y mártir (†1941 Auschwitz - Polonia).

Santo Domingo Ibáñez de Erquicia, presbítero y mártir (†1633). Misionero dominico asesinado en Nagasaki, Japón, por orden del shogun Tokugawa Iemitsu.

15. Solemnidad de la Asunción de la Virgen María.

San Alipio, obispo (†c. 430). Obispo de Tagaste, Argelia, y discípulo de San Agustín, fue también su compañero de conversión, en el ministerio pastoral y en la lucha contra los herejes.

16. San Esteban de Hungría, rey (†1038 Székesfehérvár - Hungría).

Agosto

San Roque, peregrino (†c. 1379). Nacido en Francia, peregrinó por Italia cuidando a los afectados por la peste.

17. Santa Juana Delanoue, virgen (†1736). Fundó en Saumur, Francia, el Instituto de las Hermanas de Santa Ana de la Providencia.

18. Santos Mártires de la «Masa Cándida» (†s. III-IV). Cristianos asesinados en un horno en Útica, en el actual Túnez, durante las persecuciones de Valeriano y Galieno. Son así conocidos por haber constituido sus restos mortales una albísima masa.

19. San Juan Eudes, presbítero (†1680 Caen - Francia).

San Bartolomé de Simeri, abad (†1130). Después de haber llevado un tiempo vida eremítica, erigió un monasterio en Calabria, Italia.

20. San Bernardo, abad y doctor de la Iglesia (†1153 Langres - Francia).

San Samuel, profeta. Llamado por el Señor desde tierna infancia, fue juez de Israel. Por mandato divino ungió a Saúl como rey y cuando éste fue rechazado por Dios, le confirió la unción regia a David.

21. XXI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Pío X, Papa (†1914 Roma).

Beata Victoria Rasoamanarivo, viuda (†1894). Perteneciente a una influyente familia de Madagascar, se convirtió a la fe católica. Cuando los misioneros fueron expulsados del país, ayudó a los cristianos y defendió a la Iglesia.

22. Bienaventurada Virgen María Reina.

Beato Elías Leymarie de Laroche, presbítero y mártir (†1794). Encarcelado en una sórdida embarcación en Rochefort, Francia, por no haber firmado la constitución civil del clero, murió consumido por las enfermedades que allí contrajo.

23. Santa Rosa de Lima, virgen (†1617 Lima).

San Zaqueo, obispo (†s. II). Según la tradición, fue el cuarto obispo en dirigir la Iglesia de Jerusalén después del apóstol Santiago.

24. San Bartolomé, apóstol.

Santa Emilia de Vialar, virgen (†1856). Fundó en Gaillac, Francia, la Congregación de las Hermanas de San José de la Aparición, para la difusión del Evangelio en regiones lejanas.

25. San Luis, rey de Francia (†1270 Túnez - República Tunecina).

San José de Calasanz, presbítero (†1648 Roma).

Beata María del Tránsito de Jesús Sacramentado, virgen (†1885). Fundó en Córdoba, Argentina, el Instituto de las Hermanas Terciarias Misioneras Franciscanas.

26. San Melquisedec. Rey de Salem y sacerdote del Dios altísimo (cf. Gén 14, 18-20). Su sacerdocio prefigura al de Cristo (cf. Heb 5, 6).

San Juan María Vianney - Catedral de Bayona (Francia)

27. Santa Mónica (†387 Ostia - Italia).

Beato Ángel Conti, presbítero (†1312). Sacerdote de la Orden de Eremitas de San Agustín, fallecido en Foligno, Italia, se destacó por su paciencia ante las ofensas.

28. XXII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Agustín, obispo y doctor de la Iglesia (†430 Hipona - Argelia).

Santa Florentina, virgen (†s. VII). Hermana de tres santos: Leandro, Fulgencio e Isidoro de Sevilla, fue abadesa del monasterio benedictino de Écija, España.

29. Martirio de San Juan Bautista.

Santa Eufrasia del Sagrado Corazón de Jesús, virgen (†1952). Religiosa de la Congregación de la Madre del Carmelo, de rito siro-malabar, fallecida en el convento de Ollur, estado de Kerala, India.

30. San Fiacrio, eremita (†c. 670). Oriundo de Irlanda, se estableció en Francia en un lugar solitario. Allí construyó el monasterio que dio origen al pueblo de Saint-Friace.

31. San Ramón Nonato, religioso (†c. 1240). Uno de los primeros compañeros de San Pedro Nolasco en la Orden de la Bienaventurada Virgen María de la Merced, murió de camino a Roma, donde iba a recibir el birrete cardenalicio.

Noblemente sacral

Una biblioteca arquetípica no debe procurar únicamente lo funcional, sino confortar al alma que desea subir hasta las elevadas mesetas de la sabiduría. Ha de tener igualmente una belleza propia a atraer a los espíritus celestiales.

Lorena Mello da Veiga Lima

Es un salón noble, pero no pertenece a ningún palacio; marcadamente sacral, sin ser capilla. En ese ambiente se respira alegría, sin oírse carcajadas; hay luz sin excesos, una belleza que no desvía el espíritu de los más elevados pensamientos.

Confortables sillones invitan a una conversación que nunca comienza, pues allí se guarda un profundo silencio. Gran número de personas lo frecuentan discretamente, sin que la atmósfera de recogimiento se vea perjudicada.

¿De qué lugar estamos hablando? Con las fotos que ilustran estas páginas, se acaba el suspense y no resulta difícil adivinarlo… ¿Concuerda usted, lector, con la descripción anterior?

Y si nos detenemos un instante para reflexionar sobre nuestras impresiones, concluiremos que no existe un escenario más conveniente para una excelente biblioteca, receptáculo de miles de libros rebosantes de lecciones de historia, cultura y saber.

Si para ejercer adecuadamente cualquier actividad siempre es deseable contar con un espacio apropiado, ¡cuánto más no ha de ser conveniente tener un sitio específico para alimentar nuestros conocimientos!

La visión funcionalista de la sociedad actual considera las bibliotecas como edificios o salas donde están depositadas y convenientemente catalogadas diversas colecciones de libros, periódicos y otros documentos. Se pretende no sólo mantener organizado el valioso acervo, sino también defenderlo contra la humedad, los incendios, las polillas, los ladrones, etc. Estas cosas no dejan de ser importantes, pero… ¿sólo eso?

Las bibliotecas modernas suelen cumplir con su misión práctica de forma correcta; sin embargo, descuidan un aspecto muchísimo más elevado. Deben ser el recinto donde nuestra mente pueda poner en juego las capacidades intelectuales que Dios nos dio al crearnos y, sobre todo, un lugar donde habiten los espíritus celestiales, atraídos por la nobleza del ambiente.

Entre ángeles y hombres hay enormes diferencias, tanto en la naturaleza como en la capacidad de actuar en el plano sobrenatural, no obstante, todos tienen un punto en común: la razón. Obviamente la inteligencia angélica supera, de lejos, la de los mortales. Si bien que tal afinidad existente entre criaturas tan distintas ha sido por algún motivo deseado por el Altísimo.

Por consiguiente, una biblioteca arquetípica no debe procurar únicamente lo funcional, sino confortar al alma que desea subir hasta las elevadas mesetas de la sabiduría. Ha de tener igualmente una belleza propia a atraer a nuestros «hermanos» los ángeles.

¡Un beneficio para nosotros! Además de enriquecer nuestra cultura, al frecuentar un lugar así estrechamos vínculos con las legiones celestiales. Y los estudios sencillos o complejos que allí realizamos fácilmente se transforman en algo mucho más elevado y sobrenatural. En efecto, la esencia de la oración no consiste tan sólo en rezar largas plegarias, sino en la elevación de la mente a Dios. ✧

João Paulo Rodrigues

Fotos: Daniel Leteller

João Paulo Rodrigues

Aspectos de la biblioteca de la casa Lumen Prophetæ, Mairiporã (Brasil)

Charly Bernasconi

Reina de la voluntad divina

Por una especialísima predilección, Nuestra Señora participa de la realeza divina de modo «sui géneris». Dios como que se entregó enteramente a Ella y le confió el cetro de su poder, para que gobierne la Creación, la Historia y —¡oh misterio insondable!— a Él mismo. A este título, se puede afirmar que, por un sublime arcano, María es Reina hasta de la voluntad divina, gozando de una audiencia omnipotente ante el trono del Altísimo. Todo está bajo sus pies, y la Trinidad se complace en ser regida por su Hija, Madre y Esposa.

El Creador se sometió de tal manera a la Virgen que, por así decirlo, sin Ella nada puede hacer.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Coronación de Nuestra Señora - Iglesia de San Pedro y San Pablo, Winterthur-Neuwiesen (Suiza)